

# LA CORONA DE ARAGÓN Y EL IMPERIO BIZANTINO DE LOS PALEÓLOGOS

JOSÉ M. FLORISTÁN IMÍZCOZ  
Universidad Complutense de Madrid

Los archivos históricos españoles documentan un notable incremento de las relaciones hispano-griegas en la segunda mitad del s. XVI y primeras décadas del s. XVII, por la acción conjunta de diversos factores que podríamos englobar bajo el epígrafe genérico de “hegemonía española”: política, en los reinados de Felipe II y III, en buena medida por la debilidad interna de sus adversarios; económica, por la llegada de enormes remesas de plata americana, que alcanzaron su cénit en las décadas finales del siglo; militar, finalmente, de los tercios españoles, que siguieron gozando de prestigio indiscutible hasta su derrota en Rocroi (1643). Pero esta hegemonía habría sido por sí sola insuficiente para provocar esa intensificación de los contactos que se documenta de no haber concurrido otros dos factores, uno de naturaleza ideológica –la lucha continuada contra el islam–, otro, geoestratégico –el dominio de Italia–. Ambos hunden sus raíces en el Medievo, el primero, en el movimiento de reacción política y religiosa que llamamos *reconquista*, a partir de 711; el segundo, en la expansión aragonesa por el Mediterráneo occidental y central a partir del último cuarto del s. XIII, que le llevó al dominio de Sicilia (1282), Cerdeña (1323) y Nápoles (1442).

Las penínsulas balcánica e ibérica nunca habían permanecido del todo ajenas una de otra en época medieval, a pesar de la distancia. El Mediterráneo, en palabras del historiador francés F. Braudel<sup>2</sup>, es una unidad a la que afectan todos los movimientos que se producen en su seno e, incluso, lejos de sus límites, en los confines occidental y oriental. Con todo, estos contactos fueron más limitados en la Alta Edad Media, por estar ambas ocupadas en problemas internos: la invasión árabe en el caso de la Península Ibérica, y las invasiones de ávaros, eslavos, árabes y búlgaros en el caso de la Balcánica (ss. VI-VIII), además del largo conflicto interno del iconoclasmo (730-843). Fue a partir del reinado de la dinastía Comnena (1081-1185) cuando las relaciones de Bizancio con el occidente latino entraron en una nueva fase, caracterizada por una mayor implicación de éste en la cuenca oriental del Mediterráneo: conquistas de Roberto Guiscardo en los Balcanes, expansión comercial de Venecia e inicio de las Cruzadas. Tres hechos históricos acontecidos poco antes habían preparado esta nueva situación: el cisma de las Iglesias (1054), la derrota bizantina en Mantzikert ante los turcos y la conquista de Italia meridional por los normandos, estos dos últimos acontecimientos coincidentes el mismo año de 1071. Los reinos peninsulares –Castilla, Aragón, Navarra, Portugal–, como es sabido, estuvieron ausentes de las cruzadas, empeñados como estaban en la reconquista. Aún habían de pasar casi dos siglos antes de que su implicación en la política y el comercio con el levante mediterráneo empezara a destacar.

Con la excepción del reino de Granada, la reconquista había quedado prácticamente concluida a mediados del s. XIII, con las tomas de Mallorca e Ibiza (1229-1235) y Valencia (1238-1245) por Jaime I de Aragón (1213-1276), y de la Baja Extremadura, la cuenca del Guadalquivir y Murcia por Fernando III (1217-1252), de acuerdo con la división territorial y de influencias establecida en los sucesivos pactos firmados por los monarcas peninsulares (Tudellén, 1151; Cazorla, 1179, y Almisra, 1244). A partir de entonces y hasta su unión bajo los Reyes Católicos, los reinos de Castilla y Aragón siguieron caminos históricos diferenciados: mientras que el primero iniciaba, con el mismo Jaime I, una expansión marítima y comercial por el Mediterráneo que le llevaría al dominio de Sicilia, Cerdeña y Nápoles<sup>3</sup>, Castilla se centró en un crecimiento interior de naturaleza agrícola y ganadera. La expan-

sión mediterránea puso a la Corona de Aragón en contacto con el Imperio Bizantino y con los restos supervivientes del Imperio latino de Romania, surgido tras la toma de Constantinopla en 1204 por los integrantes de la 4ª cruzada. Estas circunstancias económicas y políticas hicieron que los contactos de Bizancio con los reinos peninsulares en época bajomedieval se concentraran, casi exclusivamente, en los diversos territorios de la Corona de Aragón.

Dos repúblicas llevaban la delantera en el tiempo a Aragón en el comercio con el Mediterráneo oriental: Venecia, que en 1084 había firmado con Alejo I Comneno un tratado muy ventajoso en pago por la ayuda prestada contra los normandos del sur de Italia<sup>4</sup>, y Génova, que durante el reinado de su nieto Manuel I Comneno obtuvo privilegios comerciales semejantes a los venecianos<sup>5</sup>. La Corona de Aragón comenzó a sumarse a este movimiento comercial a mediados del s. XIII, una vez concluida su parte de la reconquista. El desarrollo comercial a partir del s. XII es producto de diversos factores. Por un lado está el crecimiento demográfico ininterrumpido, desde el s. X, de los países occidentales y ribereños del Mediterráneo. Este crecimiento fue especialmente significativo en las ciudades, que veían nacer en su interior nuevos burgos. El aumento de población, unido a la elevación del nivel de vida, hizo crecer la demanda de especias y otros productos refinados orientales, antes reservados a la nobleza y al alto clero. Por otra parte, el desarrollo de la industria y artesanía hacía necesaria la apertura de nuevos comercios para la venta de los productos manufacturados. En este sentido, el retroceso de la industria en el Próximo Oriente jugó un papel importante en el impulso del comercio occidental, de tal modo que no es posible comprender el auge de las repúblicas y ciudades del Mediterráneo occidental sin la decadencia económica paralela del oriental<sup>6</sup>.

La expansión marítima y comercial necesitaba el apoyo de territorios intermedios, bien directamente controlados por la corona, bien puertos o factorías aliadas. En este sentido, la revuelta siciliana de 1282 conocida bajo el nombre de "Vísperas Sicilianas" contra la dinastía Anjou constituyó el primer paso para que la Corona de Aragón se hiciera con una sólida posición territorial en el Mediterráneo central<sup>7</sup>. Tras la muerte del emperador Federico II Hohenstaufen en 1250, su hijo Manfredo se había hecho con el trono de Sicilia (1258-1266), pero el

papa Clemente IV (1265-1268) ofreció el trono de Nápoles y Sicilia a Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia S. Luis, que con el apoyo de los güelfos italianos derrotó y dio muerte a Manfredo en la batalla de Benevento (1266). El dominio angevino, sin embargo, no era bien visto en Sicilia, y en la noche del 31 de marzo de 1282 la acción combinada, por un lado de los partidarios gibelinos de los Hohenstaufen, por otro de la diplomacia del emperador Miguel VIII Paleólogo, que veía con recelo los proyectos de Carlos de Anjou de restaurar el Imperio latino de Constantinopla, hicieron posible el estallido de esta revuelta popular contra los franceses. El trono de la isla fue ofrecido a Pedro III de Aragón, que estaba casado con Constanza Hohenstaufen, hija del derrotado Manfredo y heredera de los derechos de la dinastía. Junto con el vínculo de parentesco, sin duda pesaría en la decisión de los sicilianos la consideración de la que la Corona de Aragón, por su incipiente pujanza política, era la única capaz de hacer frente al peligro angevino. Las Vísperas Sicilianas inauguraron un periodo de gobierno de Sicilia por la Corona de Aragón y, después, por la España unificada, que había de durar más de cuatro siglos, pero además sentaron las bases territoriales para una implicación más activa en la política de los Balcanes, primero durante el Imperio Bizantino, más tarde bajo la Turcocracia.

Las relaciones de Aragón con la Península Balcánica durante el reinado de la dinastía Paleóloga en Bizancio (1261-1453) pueden dividirse en dos fases, cada una de ellas reflejo de una actitud bien diferente. En el siglo XIV diversos miembros de la casa reinante en Aragón o habitantes de sus territorios intervinieron en Grecia -Morea y ducado de Atenas y Neopatria- con una actitud hostil, en la línea de intervención latina que siguió a la 4ª cruzada. Dentro de esta etapa hay que incluir a la Compañía Catalana, que gobernó los ducados de Atenas y Neopatria desde 1311 hasta 1388, la intervención del infante Ferrante de Mallorca en la Morca en 1315-1316 y la oferta que le hizo de este territorio en 1344 a su hijo Jaime III un grupo de 23 barones. A ellos les podemos añadir la llegada y el gobierno de las compañías navarras en las últimas décadas del siglo. En el s. XV cambiaron las tornas y la actitud hostil dejó paso a otra de colaboración desde el exterior: es la fase de los llamamientos de ayuda a los monarcas aragoneses, primero durante el viaje de Manuel II Paleólogo a París en 1400-1402, más

tarde, en los últimos años de existencia de Bizancio, las peticiones de ayuda a Alfonso V de Aragón, no sólo de los emperadores Juan VIII y Constantino XI, sino también de los déspotas de la Morea Demetrio y Tomás Paleólogo. En este estudio voy a repasar los hechos históricos más destacados de cada una de estas fases, pero antes de comenzar quiero remontarme algo en el tiempo y ofrecer una panorámica general de la creación y evolución política del despotado de la Morea en el s. XIII<sup>8</sup>.

La *Partitio Romaniae*<sup>9</sup>, tratado firmado en marzo de 1204 entre los integrantes de la 4ª cruzada y los venecianos como paso previo a la conquista de Constantinopla el 13 de abril de ese año, otorgaba a la Serenísima el territorio de la Morea, pero su conquista por Guillermo de Champlitte y Godofredo de Villehardouin un año después dio origen a la creación de un principado independiente, llamado de Acaya o Morea, cuyos territorios se repartieron los caballeros latinos que participaron en su conquista<sup>10</sup>. El tratado de Sapienza de junio de 1209, firmado entre los conquistadores francos y Venecia, sirvió para reconocer la situación *de facto* creada tras la conquista: la República conservaba los territorios de Corón y Modón, en la Mesenia (suroeste de Peloponeso), mientras que los caballeros francos se comprometían a pagar anualmente un regalo simbólico, a apoyarla militarmente y a permitirle el libre comercio, sin pago de aduanas, por todo el territorio de la Morea. En realidad esta dependencia era meramente teórica, ya que el territorio del principado se reconocía vasallo del emperador latino de Constantinopla. De los dos conquistadores, Champlitte pronto abandonó la escena moraíta y el poder pasó a manos de Godofredo de Villehardouin, que inauguró una dinastía familiar destinada a regir el principado durante más de un siglo (1209-1318), hasta 1278 de forma independiente, desde entonces bajo soberanía de los monarcas angevinos de Nápoles. El cénit del dominio Villehardouin se alcanzó bajo el principado de Guillermo II (1246-1278). El dominio franco se asentaba en las regiones del noreste (Argólide, Corinto), norte (Acaya) y oeste (Élide, Mesenia) y, en menor medida, del centro (Arcadia), mientras que el territorio delimitado por el Taigeto y el Parno, en el sur y sureste, vivía una situación de independencia, habitado por tsacones, griegos y eslavos. En 1248 Guillermo II conquistó Malvasía y, como consecuencia, toda esta región quedó sometida a su dominio, quedando com-

pletada la conquista de la Morca. En 1258 Guillermo se casó con Ana, hija del déspota del Epiro Miguel II, estableciendo así una sólida alianza en los Balcanes meridionales, pero un año después ambos aliados fueron derrotados en la batalla de Pelagonia por el emperador de Nicea Miguel VIII Paleólogo, que hizo prisionero al príncipe Villehardouin<sup>11</sup>. Dos años después, el 25 de julio de 1261, Miguel VIII reconquistó Constantinopla al emperador Balduino II, poniendo así fin a la existencia del Imperio latino<sup>12</sup>. En posición de fuerza tras la conquista, Miguel VIII exigió a Guillermo la entrega de la Morea a cambio de su libertad, pero éste se negó aduciendo que el territorio, por su régimen feudal, no le pertenecía sólo a él, sino a los diversos barones que le prestaban vasallaje. Finalmente, el emperador y el príncipe de Morea firmaron el acuerdo de Constantinopla (1262) por el que éste cedió a aquél la plaza de Malvasia y los castillos de Mistra, Gran Maina y Geraki, en el territorio últimamente incorporado al principado, y se reconoció vasallo del emperador griego como antes lo había sido del latino<sup>13</sup>.

La derrota de Pelagonia, la reconquista de Constantinopla y la entrega de las plazas mencionadas obligaron a Guillermo de Villehardouin a modificar su estrategia de alianzas. En 1262 firmó la paz con Venecia, la cual, tras la caída de Constantinopla y la firma del tratado de alianza de Nínfeo entre Miguel VIII y Génova (1261), veía peligrar sus privilegios comerciales en el Egeo. Entre 1262 y 1264 francos y bizantinos se enfrentaron militarmente en la Morea, con derrota final de éstos<sup>14</sup>. Para sellar la paz, Miguel VIII propuso a Guillermo de Villehardouin casar a su hijo Andrónico, futuro emperador, con Isabel, heredera de la Morea, pero el proyecto se frustró por la oposición de los barones latinos, ya que el enlace habría supuesto, pasado un tiempo, la incorporación inevitable del Peloponeso al Imperio Bizantino. Fracasado el proyecto y ante la amenaza que suponía el nuevo Imperio reconstituido de los Palólogos, Guillermo no tuvo más remedio que acudir a la alianza angevina de Carlos de Anjou que, como hemos visto, se había hecho con el trono de Sicilia tras la batalla de Benevento. Tras su asentamiento en el reino de Nápoles-Sicilia, Carlos siguió la política del derrotado Manfredo que, al fin y al cabo, no era otra que la inaugurada por el normando Roberto Guiscardo en 1081: la lucha por el control de ambas orillas del eje marítimo Adriático-Jónico<sup>15</sup>. Manfredo

y su mariscal, Felipe Chinard, habían adquirido mediante enlaces matrimoniales los territorios de Durazzo, Berat, Valona, Canina y Corfú, y la nueva dinastía angevina continuó la política anterior de intervención en Albania y el Epiro. Así, en mayo de 1267 Carlos I de Nápoles-Sicilia firmó en Viterbo sendos tratados con el depuesto emperador latino Balduino II y con Guillermo II Villehardouin. Balduino le cedió la soberanía sobre la Morea, islas del Archipiélago y las mencionadas posesiones de Manfredo en Corfú, Albania y el Epiro a cambio de una ayuda militar para recuperar el trono de Constantinopla. Guillermo, por su parte, le cedió el principado, que Carlos se comprometía a conservar y defender, bajo las siguientes condiciones: Guillermo lo conservaría mientras viviera; a su muerte lo heredaría Felipe de Anjou, hijo de Carlos, que se casaría con su hija Isabel; en caso de que Felipe muriera sin descendencia, el principado pasaría directamente a Carlos de Anjou o a sus sucesores en el trono de Sicilia.

Las peores perspectivas previstas en el tratado se cumplieron: en febrero de 1277 murió Felipe de Anjou sin descendencia y un año después Guillermo de Villehardouin, por lo que la soberanía de la Morea pasó al rey de Nápoles, que entre 1278 y 1285 la gobernó por medio de bailes y vicarios generales. Carlos I tenía un interés secundario por el territorio, su objetivo era liberar Jerusalén y, como paso previo, regañar Constantinopla, pero el camino para ello pasaba más por sus posesiones albanesas y epirotas –la vía Egnatia– que por el Peloponeso. Con apoyo veneciano y papal fijó el 1 de abril de 1283 como fecha de partida de una cruzada contra Miguel VIII Paleólogo, pero justo un año antes, como hemos visto, estalló la revuelta siciliana, que frustró la expedición al mantener ocupadas a las tropas angevinas en la isla durante los años siguientes. Si Carlos de Anjou había heredado de Manfredo la implicación en los asuntos balcánicos, otro tanto iba a ocurrir con los monarcas de la casa de Aragón en el siglo y medio siguiente hasta la caída de Bizancio en manos de Mehmed II, aunque con distinta intensidad, ya que no ostentaban los derechos al principado de Acaya y al Imperio de Constantinopla que los angevinos habían recibido por los tratados de Viterbo. Un primer episodio, puramente militar, de la intervención catalano-aragonesa en la Morea tuvo lugar en 1292, apenas diez años después de las Vísperas, y está recogido tanto en la versión aragonesa como en la francesa de la *Crónica de Morea*, así

como en otras fuentes (crónicas de Sanudo, Muntaner, Zurita, crónicas sicilianas). Aprovechando una tregua en la guerra de Sicilia contra los angevinos firmada el año anterior, Roger de Lauria hizo una expedición al Egeo, en el curso de la cual saqueó varias islas del Archipiélago –entre ellas, con especial ferocidad Quíos– y Malvasía, y se hizo con un gran botín. De vuelta, al pasar por Navarino desembarcó para aguar y refrescar a los caballos y tuvo un enfrentamiento militar con los francos, que finalmente terminó en reconciliación e intercambio de presentes de honor, al más puro estilo caballeresco<sup>16</sup>. Tras esta primera toma de contacto con los catalano-aragoneses de Sicilia, dos nuevos hechos vinieron a reforzar esa intervención en los asuntos balcánicos: la conquista del ducado de Atenas en 1311 por la Compañía Catalana y el matrimonio del infante Jaime de Mallorca con Isabel de Sabran en 1314. Veamos cada uno de ellos por separado.

La Compañía Catalana<sup>17</sup> (integrada también por contingentes aragoneses, mallorquines y occitanos) había actuado al servicio de los monarcas aragoneses en Sicilia entre 1282 y 1302 en su lucha contra los angevinos. Cuando este último año se firmó la paz de Caltabellotta, por la que Carlos II de Nápoles (1285-1309) reconoció a Federico, hermano de Jaime II de Aragón, como “rey de Trinacria” (Sicilia) a título vitalicio, que no hereditario, la Compañía marchó a Constantinopla a ofrecer sus servicios al emperador Andrónico II contra los turcos de Asia Menor<sup>18</sup>. Tras una serie de rápidos éxitos iniciales, que llevaron a los almogávares hasta el Tauro, su indisciplina e independencia, los saqueos indiscriminados a que sometían a toda población, tanto turca como griega, y los recelos bizantinos provocaron un enfrentamiento abierto que terminó con la muerte de su jefe, Roger de Flor, por instigación de Miguel IX, hijo de Andrónico II y asociado al trono con él. A partir de entonces sus integrantes se dedicaron al pillaje, primero en Tracia, más tarde en Macedonia, para luego adentrarse en Tesalia. En marzo de 1311 derrotaron en la batalla de Halmiro al duque de Atenas Gautier I de Brienne, se apoderaron de la Grecia central y fundaron en ella un Estado, rodeado de enemigos por todas partes: los francos de la Morca, Eubea y el ducado de Neopatras (hasta su conquista por los catalanes en 1319), y los griegos del despotado del Epiro.

Por lo que respecta a su obediencia política, la Compañía había viajado a Constantinopla como vasalla del rey Federico de Sicilia, que

quería extender el dominio catalano-aragonés hacia Oriente. Por el pacto de Milazzo (10 de marzo de 1307), éste confió a su sobrino el infante Ferrando, hijo del rey Jaime II de Mallorca, la pacificación y gobierno de la Compañía, en cuyo seno habían surgido enfrentamientos. El intento fracasó y la Compañía siguió una política autónoma bajo las órdenes de Berenguer de Rocafort. Tras la conquista del ducado de Atenas, retomó la vinculación con Federico de Sicilia, al que pidieron un infante como señor. Éste designó a su segundo hijo Mansfredo y, hasta su mayoría de edad, envió como regente a Berenguer Estanyol, que organizó el territorio conquistado y lo puso en estado de defensa. La conquista de los ducados de Atenas y Neopatria por la Compañía Catalana provocó una gran conmoción en los territorios francos de Grecia y, en general, en toda la cristiandad latina. Si llegaron como mercenarios de los bizantinos para luchar contra los turcos, pronto establecieron alianza con éstos. Utilizaron mercenarios turcos en sus saqueos de los territorios bizantinos de Tracia, Macedonia y Tesalia, pero también en sus ataques contra angevinos y venecianos de la Morea y Eubea, lo que les valió la excomunión. Tuvieron también su parte de culpa en el aumento de la piratería turca en el Egeo a partir de 1310. Los príncipes occidentales reprochaban a la Compañía su indiferencia y exclusión de las empresas cruzadas y, desde el punto de vista social, su conculcación de la jerarquía y del orden estamental de la sociedad feudal. La única vía para su reconocimiento político pasaba por la aceptación de la soberanía del rey aragonés de Sicilia, vía que, tras un periodo de independencia inicial, la Compañía comenzó a recorrer tras su asentamiento en Atenas. No todo, sin embargo, fue negativo en su actuación. Entre los aspectos positivos de su gobierno suele destacarse su habilidad para el establecimiento de una administración sólida y para la construcción de un Estado.

La otra circunstancia histórica que facilitó una implicación directa de una de las ramas de la Corona Aragonesa en la historia de la Morea fue el matrimonio del infante Ferrando de Mallorca (ca. 1278-1316) con Isabel de Sabran en 1314<sup>19</sup>. Ferrando, tercer hijo del rey Jaime II de Mallorca, tuvo que huir en 1304-1305, a resultas de un complot fracasado contra su propio padre en el Rosellón –territorio incluido en el reino de Mallorca–, a la corte de su primo Jaime II de Aragón. Posteriormente pasó al servicio del hermano de éste, Federico de

Sicilia, que le envió, como hemos visto, a Grecia como gobernador de la Compañía Catalana, aunque sin éxito. Isabel de Sabran, por su parte, era hija de Isnard de Sabran y Margarita de Villehardouin, hija de Guillermo II, último príncipe independiente de la Morea antes de que su soberanía pasara a los Anjou, como hemos visto. Guillermo había tenido dos hijas, la mencionada Margarita e Isabel. A esta última le correspondían, como primogénita, los derechos dinásticos. Como ya hemos visto, Isabel había enviudado en 1277 de Felipe de Anjou sin descendencia y, de acuerdo con lo establecido en Viterbo, la soberanía de la Morca había pasado a Carlos I de Nápoles tras la muerte de Guillermo (1278). Su hijo y sucesor Carlos II (1285-1309) volvió a ceder en 1289 el principado a Isabel con ocasión de un nuevo matrimonio de ésta con Florent de Hainaut, del que nació una hija llamada Mahaut. En 1297 volvió a enviudar y cuatro años más tarde se casó, por tercera vez, con Felipe de Saboya. Entre 1289 y 1307 el principado estuvo gobernado por ella y sus esposos, aunque siempre bajo soberanía angevina. En 1307 Carlos II de Nápoles revocó el nombramiento de Felipe de Saboya como gobernador y le concedió a cambio un condado en tierras italianas, e Isabel se retiró a Hainaut, en donde se dedicó a la administración de las tierras de su hija Mahaut, que le había dejado en herencia su segundo esposo. El último documento conocido suyo es un acta de abril de 1311, firmada en Valenciennes, en la que reafirmaba sus derechos y los de su hija sobre el principado de la Morea. Mahaut, por su parte, casada con Guy de la Roche, duque de Atenas, había presentado estos derechos al llegar a la mayoría de edad en 1305, pero la muerte de su esposo en 1308 y el paso de la soberanía del ducado de Atenas a su primo Gautier de Brienne le privó del apoyo político necesario para hacerlos valer.

Tras la muerte de Isabel de Villehardouin en Hainaut (ca. 1311), su hermana Margarita presentó ante Roberto II de Nápoles (1309-1343) sus pretensiones al trono de la Morca, que no tenían fundamento ni en el tratado de Viterbo ni en el pacto alcanzado entre Carlos II e Isabel en 1289 cuando aquél devolvió a ésta el gobierno del principado. Ante la negativa de Roberto a reconocerle esos supuestos derechos, acudió a la corte de Federico de Sicilia. Precisamente por estas fechas el rey Roberto había iniciado una aproximación a Jaime II de Aragón con el objetivo de intercambiar el reino de Trinacria, que el tra-

tado de Caltabellotta había adjudicado a su hermano Federico con carácter vitalicio, por los derechos sobre Albania y algunos territorios de Acaya que su hermano Felipe de Tarento, titular de los mismos, estaba dispuesto a venderle. Roberto quería así recuperar el control de Sicilia a cambio de unas posesiones en Rumania cuya soberanía, incierta y controvertida, encontraba una fuerte oposición local por parte de albaneses, serbios, bizantinos y partidarios angevinos<sup>20</sup>. Quizás para defenderse ante esta posibilidad, Federico concertó el matrimonio del infante Ferrando con la hija de Margarita, Isabel de Sabran, según la versión aragonesa de la *Crónica de Morea*, con la mediación de Sancha de Mallorca, hermana de Ferrando y mujer de Roberto de Nápoles. Tras la celebración de los esponsales, en febrero de 1314, Margarita cedió a Ferrando sus posesiones patrimoniales y sus derechos –dudosos, como hemos dicho– al trono del principado. En junio regresó al Peloponeso, pero fue detenida y encerrada en el castillo de Clemutsi (Clermont, Castel Tornese), según la *Crónica* aragonesa, por orden del rey Roberto de Nápoles, y se le confiscaron sus posesiones. Ante esta situación, Ferrando decidió acudir en su ayuda, pero antes de que pudiera hacerlo Margarita ya había fallecido en su encierro de Clemutsi en marzo de 1315. En abril de ese año nació en Catania el infante Jaime y, apenas un mes después, murió su madre Isabel dejándole en herencia los derechos al principado de Acaya, que hasta su mayoría de edad ostentaría en usufructo su padre, el infante Ferrando. Tras confiar al niño a Ramón Muntaner para que lo llevara a la corte de Mallorca y lo pusiera bajo la protección de la reina Esclaramunda de Foix, Ferrando se hizo a la mar a finales de junio en dirección a la Morea, con el decidido propósito de hacer valer los derechos de su hijo y tomar posesión del gobierno del territorio en su nombre<sup>21</sup>.

Ferrando desembarcó en Clarenza (actual Κυλλήνη) y, tras vencer la resistencia inicial, se apoderó de Élide y recibió el homenaje de diversos barones. Avanzó hacia el norte y atacó la ciudad de Patras, que no pudo tomar ante la defensa enérgica que de ella hizo su arzobispo. Entre tanto, Mahaut de Hainaut había desembarcado en Navarino con una avanzadilla de caballeros borgoñones, a la espera de los refuerzos que vendrían con Luis de Borgoña, hermano del duque de Borgoña, con el que Mahaut se había casado en 1313. Mahaut y sus hombre fueron derrotados en Paleópolis –la antigua Élide–, a 10 kms.

de Andrávida, capital de la Morca franca, y sus tropas se replegaron y dispersaron por Mesenia. Poco después llegó Luis a Patras y, con su tropas borgoñonas y otras moraitas, avanzó hacia el suroeste. Aprovechando el apoyo de los griegos de Mistra y su superioridad numérica, dio alcance a Ferrando en Manolada, entre Andrávida y Patras, y le infligió una severa derrota el 5 de julio de 1316 en la que el infante perdió la vida. Apenas un día antes tropas catalanas del ducado de Atenas habían desembarcado en Vostitsa (Égio), al este de Patras, y pocos días después llegaron a Patras los socorros enviados desde Mallorca, por lo que cabe pensar que, si Ferrando no se hubiera precipitado a entablar combate, el resultado de la batalla bien pudiera haber sido otro. El caso es que, conocida la derrota y muerte del infante, los refuerzos catalanes se retiraron a sus posesiones de Grecia central y entre los supervivientes se impuso la opinión de los partidarios de firmar la paz con Mahaut y Luis de Borgoña y de retirarse con los refuerzos mallorquines llegados a la Morca. Aún no se había cumplido un mes de la batalla cuando el 2 de agosto sobrevino súbitamente la muerte de Luis de Borgoña. Algunos borgoñones sospecharon que había sido envenenado y quisieron continuar la lucha contra los barones francos en alianza con los aragoneses, pero finalmente éstos se retiraron o se desmovilizaron y Mahaut, viuda, quedó al frente del gobierno del principado hasta 1321. El rey Roberto de Nápoles, al que en definitiva correspondía la soberanía del territorio, quiso volver a casarla con su hermano Juan de Gravina, pero como Mahaut se resistiese, la mandó encarcelar, encierro en el que permaneció hasta su muerte en 1331. Según la relación que en 1344 presentó un grupo de 23 barones moraitas a Jaime III de Mallorca, el hijo del infante Ferrando y de Isabel de Sabran, en el momento de morir Mahaut le habría dejado el principado a él, precisamente el hijo de quien había combatido a su marido Luis de Borgoña.

Bajo la apariencia de una reivindicación dinástica escasamente fundada, el episodio de la lucha del infante Ferrando contra Mahaut de Hainaut y Luis de Borgoña no es sino la prolongación en suelo balcánico de la lucha en Italia entre catalano-aragoneses y angevinos que había comenzado con la *Visperas Sicilianas*, que no es otra que la lucha por la hegemonía en el Mediterráneo central y por el control de las rutas hacia levante. En caso de éxito de la empresa de Ferrando, sus

posesiones moraitas habrían constituido una base inmejorable para el comercio con los territorios ribereños del Mediterráneo oriental, Egipto, Palestina, Siria<sup>22</sup> y el Imperio Bizantino, así como también habrían constituido un puente de unión entre los aragoneses de Sicilia y los catalanes de Atenas. Ante el fracaso de la empresa, Federico de Sicilia se vio obligado a cambiar su estrategia y actuar directamente desde Atenas. Para ello envió en 1317 a su hijo Alfonso Federico como capitán general del ducado, el cual invadió una parte de Eubea. Entre tanto, tras más de 40 años de soberanía angevina sobre la Morea, durante los que los diversos reyes de Nápoles apenas habían manifestado interés por el gobierno del territorio, sino tan sólo por ostentar su título, entre los barones francos de la Morea se había extendido el convencimiento de que debían confiar el país a quien pudiera asegurar su defensa, de la que no se veía del todo capacitados o interesados a los angevinos. La Compañía Catalana constituía, sin duda, una amenaza constante sobre el principado, en especial sobre la Argólide, pero también se observan incipientes movimientos de aproximación hacia los catalanes, a pesar de la conmoción que había supuesto su llegada unos años antes. Con todo, fue Venecia el destino elegido para una embajada que en 1321 ofreció al dogo el principado, aunque sin resultado. Dos décadas después, en 1341, un grupo de barones ofreció al gran doméstico Juan Cantacuceno, gobernador de la Morea bizantina desde 1321 y más tarde emperador de Constantinopla (Juan VI, 1347-1354), la sumisión de los francos al Imperio griego a cambio de conservar la titularidad de las tierras en las mismas condiciones que bajo soberanía angevina, pero los sucesos del Imperio posteriores a 1342 impidieron que el ofrecimiento se materializara. Finalmente, en octubre de 1344 otro grupo de barones que se sentían abandonados por los gobernantes angevinos se reunió en Roviata (Élide) y decidió hacer un llamamiento a Jaime III de Mallorca (1324-1349), el hijo del infante Ferrando que Muntaner había llevado a Mallorca al poco de su nacimiento y que había sucedido a su tío Sancho I (1311-1324) en el trono de la isla. Le enviaron una memoria con los sellos de 23 barones de los más importantes del Peloponeso en la que, a falta de descendencia de la primogénita Isabel, establecían sus derechos al principado como heredero de su hermana Margarita. Mahaut, en efecto, había muerto en 1331 sin descendencia, pero no es menos cierto que aún vivía Margarita de

Saboya, nacida a finales de 1302 de la princesa Isabel y su tercer marido, Felipe de Saboya, si bien al casarse en 1324 con Renaud II Forez había renunciado a sus derechos en favor de su padre. Como ya hemos visto, en el memorial se afirma que la propia Mahaut había designado al morir al rey Jaime como heredero<sup>23</sup>. Jaime III contestó afirmativamente a la petición de los barones: nombró un mariscal en la Morea y añadió a sus títulos el de príncipe de Acaya, pero no pudo atender a las peticiones de los nobles francos por hallarse ocupado en la guerra contra Pedro IV de Aragón (1336-1387) por la reconquista de sus territorios, guerra que terminó con su muerte y la incorporación definitiva de las Baleares a la Corona aragonesa (1349).

Entre tanto, la situación de la Morea franca empeoraba rápidamente. Las guerras en Italia y Francia impedían toda intervención a favor de los barones latinos, el rey Roberto de Nápoles no se cuidaba del principado más que para desmembrarlo y repartir feudos entre familiares y allegados, la piratería turca contra las costas de Grecia, con frecuencia con el apoyo de los catalanes de Atenas y Neopatria, iba en aumento, y los esfuerzos papales para unir contra ellos a las fuerzas cristianas, principalmente Venecia y los hospitalarios, resultaban infructuosos. Tras la muerte del príncipe Roberto de Tarento (1364) y de su sucesor, su hermano Felipe (1373), se disputaron el principado Jacques de Baux, hijo de Margarita (hermana de Roberto y Felipe), y Juana I, reina de Nápoles (1343-1381). Ésta aducía que el principado dependía de Nápoles y que Margarita no tenía derecho sobre él. Además, en 1362 Juana se había casado, en terceras nupcias, con Jaime IV de Mallorca, hijo de Jaime III y nieto del infante Ferrando, lo que reforzaba la legitimidad dinástica de la línea angevina con la línea villehardouin-mallorquina. En 1377, ante la amenaza que corría la Morea y las dificultades crecientes de su defensa, la reina Juana se la arrendó, por un periodo de cinco años y a cambio de una renta anual de 4000 ducados, a la Orden Hospitalaria, de la que el verano de ese mismo año había sido elegido gran maestre el aragonés Juan Fernández de Heredia. Veinte años antes, en 1356, ante el avance turco y la intensificación de la piratería en el Egeo, Inocencio VI (1352-1362) había intentado trasladar de Rodas a la Morea la sede de los caballeros hospitalarios. El proyecto, por el que Heredia había mostrado gran interés, tenía la doble ventaja de asegurar una mejor defensa del Peloponeso y,

a los hospitalarios, una base más sólida para la lucha contraturca. La idea no contó con el apoyo del príncipe Roberto de Tarento, por lo que la venta no llegó a realizarse. Dos décadas después las circunstancias habían empeorado, por lo que en esta ocasión la cesión sí se produjo. Heredia, que era consejero de Pedro IV de Aragón y de diversos papas, llegó en el invierno de 1378 a la Morea y fue bien recibido en Patras. De allí cruzó el golfo para sitiar Lepanto, que los albaneses habían arrebatado ese mismo año a los francos con ayuda turca. Tomó la plaza y se dirigió a Arta, pero en el camino cayó prisionero, en una emboscada, del déspota albanés Ghin Spata Bua. Éste se lo cedió a los turcos, que lo retuvieron durante más de un año hasta su rescate. Finalmente los hospitalarios sólo estuvieron cuatro de los cinco años previstos en el arrendamiento de 1377, por la irrupción en el territorio de una fuerza nueva, también de origen hispano: las Compañías navarras de Juan de Urtubia y Mahiot de Coquerel.

La historia de las Compañías navarras –mejor que Compañía navarra, ya que en realidad fueron cuatro– es semejante, en sus inicios y actuación, a la de la Compañía catalana, pero sus resultados militares y políticos fueron diferentes. Como la catalana, las Compañías navarras tuvieron un carácter más internacional que el implicado en su nombre, ya que estuvieron compuestas por navarros y gascones. Tras la muerte de Sancho VII el Fuerte (1234), el reino de Navarra, cerrado en sus fronteras meridionales por Castilla y Aragón y excluido de la Reconquista, había vivido en un cierto aislamiento, amenazado siempre por los intentos de estos dos reinos y de Francia y la Gascuña inglesa de anexionárselo o repartírselo. Su política durante la dinastía de Champaña (1234-1274), el dominio francés (1274-1328) y la casa de Evreux (1328-1425) tuvo una orientación más septentrional que meridional<sup>24</sup>. Las llamadas “compañías navarras” habían servido a Carlos II el Malo (1349-1387) en su lucha contra Carlos V de Francia. Tras la firma de la paz en 1365, Luis de Évreux, hermano del monarca navarro, que estaba casado con Juana, duquesa de Durazzo (1348-1368) –nieta del conde Juan de Gravina, duque de Durazzo (1333-1335) y príncipe de Acaya (1318-1333), hijo a su vez de Carlos II de Nápoles– tomó las compañías a su servicio para intentar recuperar los territorios patrimoniales de su mujer en torno a Durazzo, ciudad de la que se había apoderado en 1368 el albanés Carlos Topia<sup>25</sup>. Entre febrero y

junio de 1376 las fuerzas navarro-gasconas –400 hombres con viveres y armas– descendieron en barcazas por el Ebro desde Tudela a Tortosa. Del viaje y la llegada a Albania no conocemos detalles, tan sólo que las compañías navarras conquistaron Durazzo (1376). Pero tras la muerte del infante Luis ese mismo año y las segundas nupcias de Juana con Roberto de Artois, los navarros se quedaron sin señor en una situación incómoda. Lejos de su casa y sin recursos para regresar, decidieron constituirse en república autónoma integrada por cuatro compañías, bajo el mando de Pedro de Lasaga y Mahiot de Coquerel –camarlangos de Carlos II de Navarra– y de Juan de Urtubia y Garro –escuderos reales–. Lasaga regresó a Navarra en 1380, dejando como figuras principales a Coquerel y Urtubia, a los que más tarde se sumaron el gascón Pedro de San Superano, señor de Landiras, y Bernardo de Varvassa. Entre 1378 y 1380 recibieron diversas propuestas para trasladarse a la Morea: de Nerio Acciaiuoli, señor de Corinto, de los hospitalarios de la Morea y de Jacques de Baux que, como hemos visto, disputaba el principado a la reina Juana de Nápoles. En verano de 1378 el hermano sanjuanista Gaucher de la Bastida, comandante del principado de Acaya en nombre de Fernández de Heredia (prisionero de los turcos, como hemos visto), tomó al servicio del Hospital a dos de las cuatro compañías navarras, las de Coquerel y Urtubia, por espacio de ocho meses que no se prorrogaron. En 1379 Urtubia invadió los ducados de Atenas y Neopatria y tomó Tebas y Libadea, pero fracasó ante Salona (Anfisa), Zetuni (Lamia) y, sobre todo, Atenas, por lo que, tras dejar guarniciones en Tebas y Libadea, pasó al Peloponeso. Allí Coquerel y sus hombres se pusieron al servicio de los hospitalarios, pero la mayoría de los navarros, bajo las órdenes de San Superano y Varvassa, no quisieron reconocer a otro señor que a Jacques de Baux, por lo que los sanjuanistas se vieron obligados a retirarse de la Morea en 1381, un año antes de la conclusión de su arrendamiento. Con el apoyo de los navarros, la mayoría de los barones moraitas reconoció a Baux como señor, el cual nombró baile a Coquerel y capitanes a San Superano y Varvassa. Dos años después, con la muerte de Baux en 1383, se cerró la etapa de más de un siglo de príncipes angevinos en la Morca. Las compañías navarras controlaban en ese momento todo el norte y el oeste del territorio excepto la baronía de Patras, gobernada por el arzobispo de la ciudad, mientras que el noreste –Corinto, Argos

y Nauplia— lo formaban señoríos independientes. En Grecia central los navarros conservaban Tebas, pero habían perdido Libadea. Los catalanes, por su parte, se habían reorganizado y recibido algunos privilegios de Pedro IV de Aragón, pero la invasión navarra les había dejado muy debilitados y poco después, tras más de 75 años de gobierno por la Compañía Catalana, el ducado de Atenas caía, en diversas campañas desarrolladas entre 1385 y 1388, en manos del señor de Corinto Nerio Acciaiuoli.

A la muerte de Baux surgieron diversos pretendientes al principado, de legitimidad mayor o menor. Los navarros negociaron con unos y otros: con María de Bretaña, viuda de Luis I de Anjou, que negoció un nuevo arrendamiento del territorio a los hospitalarios (1387); con Amadeo de Saboya, señor del Piamonte (1390). Por uno u otro motivo, sin embargo, los diversos pretendientes fracasaron en sus intentos de alcanzar un poder real, por lo que el dominio efectivo del Peloponeso latino quedó en manos navarras. Coquerel murió en 1386 y le sucedió San Superano, que diez años después (1396), tras trece de gobierno navarro efectivo, pero sin titularidad de soberanía, obtuvo del rey Ladislao de Nápoles el título de príncipe de la Morea para él y sus sucesores a cambio del pago de 3.000 ducados. Así, el gobierno del principado de los Villehardouin y Anjou quedó en manos de un aventurero gascón llegado con tropas mercenarias para defender la política de sus gobernadores, hasta su muerte en 1402.

La conquista navarra, aunque no careció de los lógicos episodios de violencia, no tuvo las consecuencias sociales de la catalana 75 años antes: no destruyó la organización social, los vínculos de vasallaje, el reparto de las tierras, etc., que existían con anterioridad, sino que los navarro-gascones llegaron sólo como tropas auxiliares de un pretendiente legítimo al principado, Jacques de Baux. Su advenimiento, sin embargo, terminó de alterar definitivamente la composición social del principado latino, al menos en sus capas dirigentes: las últimas familias francesas que aún quedaban sobrevivientes de la conquista de 1205 se extinguieron y dieron paso a otras de origen italiano, los Zaccaria (genoveses) y los Acciaiuoli (florentinos). Esta etapa final del principado latino de Acaya está caracterizada por un marcado acercamiento entre griegos y latinos, a diferencia de la separación anterior. La polí-

tica de los navarros fue de hostilidad hacia los Acciaiuoli de Corinto y Atenas y hacia Teodoro I Paleólogo, déspota de Mistra (1382-1407). Por el contrario, establecieron alianzas con Venecia e, incluso, con el sultán otomano Bayaceto I. Como la Compañía catalana años antes, los navarros no dudaron en aliarse con los turcos, señores de los Balcanes septentrionales tras sus victorias en Kosovo (1389) y Nicópolis (1396), en contra de sus enemigos de Atenas y Mistra, sin consideración alguna a la diferencia de credo. Así, en la expedición que hizo en el invierno de 1395 contra Atenas y la Morea, Evrenós bey contó con el apoyo y ayuda de los navarros de San Superano. Tras su retirada, éste sufrió, en junio del mismo año, una derrota total a manos del déspota Teodoro y fue capturado con gran número de sus hombres, pero la intervención de Venecia logró su puesta en libertad. Por lo que respecta a ésta, su interés por la Morca había ido creciendo conforme disminuía o se dificultaba su comercio oriental por la expansión otomana. En 1384 Teodoro Paleólogo les ofreció la plaza de Malvasía, pero la entrega se frustró por la oposición de sus habitantes<sup>26</sup>. Cuatro años más tarde, en 1388, María d'Enghien les vendió sus derechos sobre Nauplia y Argos a cambio de una renta, pero el déspota Teodoro, con ayuda de Nerio Acciaiuoli y los turcos, tomó las plazas por la fuerza antes de que la República se hiciera con ellas. En el enfrentamiento que siguió, que duró seis años y en el que Venecia contó con el apoyo de los navarros, pudo recuperar Nauplia, pero no Argos.

A su muerte en 1402, San Superano dejó hijos menores bajo la regencia de su mujer, María Zaccaria. Ésta escogió como gobernador del principado a su sobrino Centurión, que terminó traicionándola: al morir, San Superano aún no había pagado los 3.000 ducados acordados con Ladislao de Nápoles por su investidura en 1396, y Centurión prometió pagárselos si se le transfería a él el gobierno. Así, en abril de 1404 Ladislao anuló los derechos de los hijos del gascón y nombró a Centurión II Zaccaria príncipe de la Morea. Sus veinticinco años de gobierno (1404-1429) fueron una sucesión continua de luchas contra los Tocco de Cefalonia y los Paleólogos de Mistra, en el curso de las cuales fue perdiendo todas sus posesiones, hasta que en 1429, con motivo de la boda de su hija Catalina con Tomás Paleólogo, hijo del emperador Manuel II y hermano del déspota Teodoro II (1407-1443), le entregó en dote lo que le restaba del principado franco, reserván-

dose tan sólo para sí la baronía de Arcadia, que a su muerte en 1432 se incorporó también a las posesiones del Paleólogo. De este modo, tras más de doscientos años de presencia latina en la Morea y más de ciento sesenta del inicio de la reconquista bizantina del territorio, apenas veinte años antes del colapso definitivo de Bizancio y treinta de la conquista otomana de la Morea, se alcanzó de nuevo la unificación territorial de la península (salvo los enclaves venecianos) bajo soberanía bizantina, aunque dividida entre tres hermanos: Teodoro II, con capital en Mistra; Constantino, futuro último emperador de Bizancio, con capital en Clarenza, y Tomás, con capital en Calábrita (los dos últimos intercambiaron sus territorios en 1432)<sup>27</sup>. Por lo que respecta a los antiguos caballeros y barones francos, italianos, navarros, etc., ya no debían de ser muchos: unos habían muerto, otros habían sido despojados de sus feudos, otros habían abandonado el país, otros, finalmente, habían sido absorbidos por el elemento autóctono griego<sup>28</sup>.

Mientras la Compañía Catalana gobernaba en Atenas y Neopatria y las ramas siciliana y mallorquina de la dinastía aragonesa intervenían en la Morea, los contactos oficiales de Bizancio con los monarcas aragoneses peninsulares en la segunda mitad del s. XIV fueron aún escasos. En mayo de 1351 Juan VI Cantacuceno manifestó a Pedro IV su satisfacción por la firma de una liga entre Aragón y Venecia en contra de Génova, con la que también él estaba en guerra<sup>29</sup>. En los primeros meses de 1370 Juan V Paleólogo envió a Andreu Paó al monarca aragonés con un encargo que desconocemos<sup>30</sup>. Finalmente, el 26 de agosto de 1383 este mismo emperador se disculpaba ante Pedro IV por la confiscación de los bienes del catalán Guillem Ponç, confundidos con otros de genoveses, y le prometía su restitución o el pago de una indemnización, por la buena relación que quería tener con los mercantes catalanes, si bien le pedía al mismo tiempo que éstos eligieran un cónsul de su nación o griego y que no se pusieran bajo el amparo de un genovés<sup>31</sup>. Igualmente sobre asuntos comerciales versa otra carta del mismo al mismo, de fecha anterior al 18 de octubre de 1386<sup>32</sup>. En resumen, la correspondencia oficial cruzada entre Bizancio y la Corona de Aragón en la segunda mitad del s. XIV que conocemos es fundamentalmente comercial, aunque no falta alguna que otra noticia sobre la participación de catalanes y aragoneses en empresas políticas y militares, como el ataque de Pedro I de Chipre a Alejandría en 1365<sup>33</sup>.

Entre tanto, a lo largo de esos cincuenta años la situación política del Imperio Bizantino había empeorado rápidamente. Tras el asentamiento turco en Gallipoli (1354), su expansión por Tracia, Macedonia, Bulgaria y Tesalia fue fulminante. Tras la derrota serbia en Kosovo (1389) y el desastre de la cruzada de Segismundo de Hungría en Nicópolis (1396)<sup>34</sup>, el Imperio quedó reducido al territorio de la capital, a las zonas central y suroriental del Peloponeso, a las islas del Egeo septentrional y a un puñado de ciudades en la costa occidental del Ponto Euxino. Hasta qué punto la situación era desesperada lo prueba que en agosto de 1397 Juan VII, que disputaba el trono a su tío Manuel, le vendiera sus derechos a Carlos VI de Francia a cambio de un castillo y una renta vitalicia<sup>35</sup>, y que el propio emperador pidiera el 10 de diciembre de 1399 al Senado veneciano que le señalara un lugar en el que poder refugiarse con su esposa Elena Dragas y su hermano Teodoro, déspota de Mistra, en caso de conquista de Constantinopla por Bayaceto I (1389-1402)<sup>36</sup>. Todo ello hizo que a finales del s. XIV se multiplicaran los llamamientos de ayuda a los príncipes y repúblicas occidentales<sup>37</sup>. En el caso de Aragón hubo que esperar, para el primer contacto conocido, al viaje emprendido en diciembre de 1399 por el emperador Manuel II a Occidente para recabar ayuda económica y militar. El objetivo ahora ya no era, como un siglo antes cuando Andrónico II contrató los servicios de la Compañía Catalana, contener a los turcos en Anatolia, sino frenarlos en la misma Europa<sup>38</sup>. Se abre así la segunda fase de los contactos de Bizancio con la Corona de Aragón, que se prolongaron a lo largo de los últimos cincuenta años del Imperio y se caracterizaron, como antes hemos dicho, por una intervención exterior respetuosa con la soberanía de los territorios bizantinos, sin reclamación ni conquista territorial alguna.

Desde París, adonde llegó en junio de 1400, el emperador Manuel II, mandó a España a Alejo Branás con sendos crisóbulos<sup>39</sup> para los reyes de Aragón –Martín I el Humano–, Navarra –Carlos III el Noble– y Castilla –Enrique III–<sup>40</sup>. A cada una de estas tres cortes Branás llevó, de su parte, dos reliquias y unas cartas testimoniales en certificación de su autenticidad. En el caso de Pamplona, las reliquias fueron un fragmento de la *vera crux* y otro de la túnica de Cristo, y en el de Barcelona, otro fragmento de la túnica y un trozo de la esponja de la Pasión. Del caso castellano nos faltan noticias, pero es de supo-

ner que también se tratara de dos reliquias de semejante tenor. Por lo que respecta a las testimoniales, sólo hemos conservado las de Carlos III, que Branás entregó, junto con las reliquias, al monarca navarro el 7 de enero de 1401<sup>41</sup>. Las repercusiones de la embajada en la Corte navarra están a falta de un estudio más profundo, pero sí conocemos mejor la reacción de Martín I. El 15 de octubre de 1400 escribió una carta de recomendación de Branás al arzobispo de Zaragoza, por donde debía pasar en su viaje de Barcelona a Pamplona, y del día siguiente son sendas cartas al emperador Manuel y a su sobrino Juan, que se había quedado en Constantinopla como regente durante su ausencia, en las que agradece el envío de las reliquias y promete una ayuda militar para la defensa de Constantinopla, que concretaría cuando Branás regresara de sus entrevistas en las otras cortes, navarra y castellana<sup>42</sup>. De la visita de Branás a la corte de Enrique III de Castilla nada sabemos. Por lo que respecta al cuarto reino peninsular, Portugal, parece que no estuvo entre los objetivos del primer viaje, sino del segundo, al año siguiente: del 15 de junio de 1401 son unas testimoniales enviadas a Juan I de Portugal, es de suponer que con una remesa de reliquias, que se habrían conservado hasta época reciente, si bien hoy tan sólo las conocemos en versión portuguesa<sup>43</sup>. A su regreso de Pamplona y Burgos, Branás pasó nuevamente por Barcelona, donde Martín I le entregó dos cartas, de fecha 3 de febrero de 1401, para Manuel II y Carlos VI de Francia, en las que concretaba su promesa de ayuda: seis galeras armadas que se sumarían a la flota francesa<sup>44</sup>. Martín I pedía al rey francés que le avisara con tiempo de la fecha de partida, pero, por el motivo que fuera, la noticia se la trajo en agosto el propio Branás, cuando los barcos franceses ya había pasado de Aigües Mortes a Génova y estaban listos para zarpar hacia Levante. La inminencia de la partida y la premura del aviso obligaron al monarca aragonés a excusar finalmente su participación mediante dos nuevas cartas a Manuel II y Carlos VI del 27 de agosto. Dos días después firmó un salvoconducto a favor de Branás, para que pudiera partir libremente con su familia y sus bienes<sup>45</sup>.

El segundo crisóbulo de Manuel II que se conserva en España, en esta ocasión en la catedral de Palma de Mallorca, es de 1402. Como en el caso de Pamplona, se trata de unas cartas testimoniales, enviadas al antipapa Benedicto XIII o "papa Luna" (1394-1423), en las que el

emperador da fe de la autenticidad del fragmento de túnica sagrada que el año anterior le había enviado a Avignon con Branás, es de suponer que de paso hacia Barcelona en su segundo viaje<sup>46</sup>. Ese mismo verano de 1401 Manuel II envió otro fragmento de la túnica de Cristo al papa Bonifacio IX (1389-1404) a Florencia, con un crisóbulo fechado el 5 de julio cuyo original no se ha conservado, pero sí una copia del s. XVIII<sup>47</sup>. En una Europa dividida por el cisma religioso, el emperador tuvo buen cuidado de dirigirse a los dos papas rivales, de los que obtuvo sendas bulas de concesión de indulgencias para la colecta de limosnas con destino a la defensa de Constantinopla. Un tercer crisóbulo del emperador conservado en España, en el monasterio de S. Lorenzo de El Escorial, de noviembre de 1402, contiene también unas cartas testimoniales sobre la autenticidad de unas reliquias, en este caso las enviadas a la reina Margarita de Escandinavia, que, andando el tiempo, Felipe II adquirió para el monasterio junto con el correspondiente documento de autenticación<sup>48</sup>.

No mucho después de la fecha de este último crisóbulo Manuel II abandonó París en dirección a Constantinopla. El 28 de julio de ese año el sultán Bayaceto había sufrido en Angora (Ankara) una derrota total ante el jan mongol Tamorlán, del que quedó prisionero. Su muerte en cautividad, la lucha desatada por la sucesión entre sus hijos<sup>49</sup>—uno de los cuales, el primogénito Solimán, se hizo fuerte en Europa y firmó un tratado con Juan VII Paleólogo, Génova, Venecia, Rodas y el déspota serbio Lazarevi<sup>50</sup>— y la necesidad del vencedor, Mehmed I (1413-1421), de consolidar su poder en el interior del Imperio otomano supusieron un cierto respiro militar y político para Bizancio y una prórroga de 50 años en su existencia. Pese a ello, no desaparecieron los contactos con los reinos peninsulares, antes bien, en los años siguientes al viaje de Manuel II continuaron siendo intensos, en especial a través de los enviados bizantinos que recorrían los territorios de la Corona de Aragón recolectando limosnas para la defensa de la Ciudad. Entre ellos cabe mencionar al mismo Alejo Branás que trajo las cartas a las cortes peninsulares en 1400-1401, a Constantino Ralis Paleólogo y su hijo Teodoro, a un cierto Ángel, a Antonio de Constantinopla, a Nicolás de Rodas, etc. Tenemos, asimismo, noticias de los abusos cometidos en esta recolección de limosnas mediante la venta de indulgencias: retención fraudulenta de las cantidades reunidas, usurpación

de parte de las mismas, intervención de recaudadores falsos, etc.<sup>51</sup> A cambio de los fondos reunidos por los embajadores bizantinos, el monarca aragonés solicitaba en contrapartida la cesión de algunas reliquias de las muchas que atesoraban las iglesias de la capital del Imperio<sup>52</sup>. El 17 de agosto de 1405 Martín I escribió sendas cartas al emperador, al patriarca Mateo I y a un destinatario desconocido en las que les pedía que facilitaran a su embajador y portador de las cartas, Pere de Quintana, la compra de las reliquias que les pediría<sup>53</sup>. La respuesta que conocemos del emperador es de dos años después, del 23 de octubre de 1407, un retraso debido al infortunio sufrido por el embajador Quintana. En la carta afirma que la benevolencia que el rey de Aragón siempre le había mostrado en los momentos de peligro para Constantinopla le había impulsado a reunirse con el patriarca y su corte para ver qué reliquias, de las solicitadas, se le podían ceder, ya que tenían también muchas peticiones de otras cortes. Las escogidas finalmente fueron un fragmento de la columna de la flagelación, otro de la piedra sobre la que lloró S. Pedro tras las negaciones, otro de la losa sobre la que fue depositado el cuerpo de Jesús tras el descenso, y un último de la parrilla del martirio de S. Lorenzo. La primera respuesta que el emperador envió con Pere de Quintana nunca llegó a su destino, porque el portador pereció en un naufragio<sup>54</sup>. Pasados dos años, en la fecha mencionada Manuel II volvió a enviar otra carta, que llegó a Barcelona en mano de Manuel Crisoloras, es de suponer que con las mencionadas reliquias, aunque no hay constancia de ello<sup>55</sup>.

Crisoloras tardó más de dos años en llegar a España. Está atestiguada su presencia en Venecia en diciembre de 1407, en Génova, en abril de 1408, y en Francia, al menos hasta finales de 1409. La primera y única noticia de su estancia en España es el salvoconducto de fecha 7 de abril de 1410 por el que se le autorizaba a regresar a Constantinopla con sus bienes, por lo que es de suponer que no tardara en abandonar Barcelona, quizás sin haber llegado a conocer la muerte de Martín I en mayo. Las relaciones de su sucesor, Fernando I (1410-1416), con Bizancio nos son peor conocidas por estar a falta de una investigación minuciosa como la realizada por Rubió para su antecesor. De su reinado apenas tenemos noticias de tres cartas, dos de Manuel II y una de Constantino Ralis. En la primera carta del empera-

dor, escrita en Tesalónica el 28 de noviembre de 1414, le manifiesta su deseo de mantener la amistad bizantino-aragonesa y le comunica la alegría que había sentido por la noticia que le había llegado de que Fernando pensaba pasar al Peloponeso para ayudar a su hijo, el déspota Teodoro II (1407-1443). El propio emperador pasaba el invierno en Tesalónica de camino hacia la Morea, por lo que pide al monarca aragonés información más detallada sobre sus propósitos<sup>56</sup>. La segunda carta, escrita el 25 de marzo de 1416, cuando Manuel II ya estaba de regreso en Constantinopla, es meramente de cortesía, en ella se remite a la información oral que le proporcionaría el portador del documento, el caballero catalán Juvenis, sobre la situación del Imperio<sup>57</sup>. Finalmente, Constantino Ralis en su carta del 3 de marzo de 1416 asegura al monarca aragonés el afecto del príncipe Juan –futuro emperador Juan VIII– y le pide unos ejemplares de “perros grandes” (¿mastines?)<sup>58</sup>.

Al igual que en el de Fernando I, no son muchos los contactos documentados en los primeros años del reinado de Alfonso V el Magnánimo (1416-1458). El viaje de Manuel II a Occidente y la colecta de limosnas para la defensa de Constantinopla habían provocado, en la primera década del s. XV, un incremento de los contactos y noticias, que disminuyeron cuando la situación se normalizó de nuevo por la relajación de la tensión. El primer contacto conocido con Alfonso V es de finales de 1419 y consistió en un queja formulada por la actuación en el Mediterráneo oriental de corsarios súbditos de sus territorios<sup>59</sup>. Años después, en 1437, otro embajador griego, en esta ocasión del nuevo emperador Juan VIII, trajo otra queja semejante al monarca aragonés, al que además propuso la creación en Constantinopla de un consulado catalán y le pidió barcos para cruzar los mares italianos en su viaje a Basilea para participar en el concilio<sup>60</sup>. Entre tanto, la llegada al trono de Murad II (1421-1451) inauguró un nuevo periodo de expansión y consolidación del poderío otomano tras las vacilaciones que siguieron a la derrota de Angora, y nuevamente se estrechó el cerco sobre la capital y los escasos territorios que aún le quedaban al Imperio. A lo largo de 1443 Juan VIII envió varios embajadores a diversas cortes y repúblicas occidentales –Venecia, papado, Borgoña– en busca de ayuda contra el sultán, al que acusaba de incumplimiento de un tratado firmado con él<sup>61</sup>. En respuesta, el papa Eugenio IV (1431-

1447) convocó una nueva cruzada que en octubre partió de Hungría bajo el mando de Ladislao II de Polonia-Hungría, del voivoda Juan Corvino Hunyadi de Transilvania y del déspota serbio Jorge Brankovi<sup>62</sup>, mientras Constantino Paleólogo, que a la muerte de su hermano Teodoro II (1443) se había hecho con la parte más importante de la Morea bizantina, avanzaba desde el Peloponeso, se apoderaba de Atenas y Tebas y obligaba a Nerio II Acciaiuoli a reconocer su soberanía<sup>63</sup>, y Jorge Castriota "Skanderbeg" encendía en Albania una revuelta destinada a prolongarse durante veinticinco años (1443-1468)<sup>64</sup>. Las victorias iniciales del ejército cruzado obligaron al sultán a firmar en Adrianópolis, en junio de 1444, una tregua por diez años, pero la prosecución de la campaña por Ladislao de Polonia y Hunyadi, ya sin el apoyo de Brankovi, los condujo a la derrota de Varna en noviembre, que convirtió la tregua en papel mojado y dejó nuevamente a los bizantinos a merced del avance turco. El 27 de ese mismo mes, apenas dos semanas después de la batalla, quizás cuando la noticia de la derrota aún no había llegado a sus oídos, Alfonso V escribió a los déspotas Constantino y Tomás del Peloponeso una carta en la que reivindicaba los títulos de Atenas y Neopatria y pedía la entrega de la primera ciudad, conquistada por Constantino. El resultado de la batalla, claro está, dejó sin efecto la reclamación<sup>65</sup>. Entre tanto, la diplomacia imperial seguía trabajando. Tras las victorias cruzadas de 1443, a comienzos de 1444 Juan VIII envió nuevas embajadas a Francia y Borgoña pidiéndoles que se prepararan para vengar la derrota de Nicópolis de 1396<sup>66</sup>. Los éxitos militares habían hecho renacer la esperanza en una victoria total, por lo que la tregua de Adrianópolis causó una profunda desilusión en la corte bizantina: así, en una carta dirigida a Ladislao de Polonia-Hungría el 30 de julio el emperador alaba su buena disposición para la lucha contraturca, pero le muestra su extrañeza por la firma de la tregua, precisamente cuando otros príncipes estaban dispuestos a sumarse a la lucha y él mismo había hecho sus preparativos para ella<sup>67</sup>.

A diferencia de Francia, Borgoña o Polonia-Hungría, no parece que los reinos de la península jugaran un papel destacado en estos años de la cruzada de Varna (1443-1444). Sin embargo, en los últimos cinco años de existencia independiente de Constantinopla, durante el reinado de Constantino XI Dragases (1448-1453), los contactos con la

Corona de Aragón nuevamente se intensificaron. De comienzos de 1447, todavía con Juan VIII, es una embajada a Alfonso V en petición de ayuda militar, a la que el monarca aragonés contestó el 26 de mayo<sup>68</sup>. La primera embajada de Constantino XI es del 25 de febrero de 1449, apenas mes y medio después de su coronación, y en ella pedía a Alfonso ayuda contraturca y le solicitaba su mediación para lograr la mano de la hija del infante Pedro de Portugal, que ejercía la regencia durante la minoría de edad de su sobrino Alfonso V (1438-1481)<sup>69</sup>. Dos años después, a finales de 1450 o comienzos de 1451, el emperador mandó una nueva embajada, a la que en abril siguió otra, cuando ya habían quedado en evidencia las intenciones del nuevo sultán Mehmed II (1451-1481), llegado al trono en febrero, de eliminar definitivamente los escasos restos supervivientes del Imperio Bizantino, que dificultaban la comunicación entre sus posesiones balcánicas y anatolias<sup>70</sup>. El monarca aragonés contestó al emperador el 31 de octubre excusando el envío de la fuerza militar que le pedía por tener ocupadas sus tropas en la pacificación de Italia<sup>71</sup>. Por su parte, el déspota de la Morea Demetrio, que había sustituido a su hermano Constantino cuando éste asumió la corona imperial<sup>72</sup>, envió a comienzos de 1451 a Nápoles un embajador para pedir un príncipe aragonés como esposo de su hija Elena y concertar una liga con Alfonso V<sup>73</sup>. Éste contestó el 18 de enero proponiéndole dos candidatos: el hijo póstumo de su hermano el infante D. Enrique de Portugal, y su propio nieto, el futuro Alfonso II de Nápoles, ambos de corta edad, por lo que el matrimonio no llegó a celebrarse<sup>74</sup>. Si se firmó, en cambio, el tratado de alianza (5 de febrero). En él se establecía que Demetrio ayudaría con tropas al monarca aragonés en el caso de que éste emprendiera una cruzada antiturca. Si ésta tenía éxito y el rey Alfonso se quedaba con la corona imperial, cedería a Demetrio los territorios de Macedonia, Tesalia y Grecia; si no quería coronarse emperador, entregaría el trono a Demetrio; finalmente, si decidía firmar la paz con los turcos, se comprometía a incluir en ella a Demetrio y sus territorios<sup>75</sup>. De esta manera Demetrio se aseguraba, a cambio de una ayuda militar, bien la corona imperial, bien los territorios de Grecia, bien el escudo protector del monarca aragonés en tiempo de paz.

La negociación del matrimonio y la liga hizo reaccionar al otro déspota, Tomás. En diciembre de 1456 un enviado suyo exponía ante

el Senado veneciano el proyecto de Demetrio de casar a su hija con un príncipe aragonés, que en dote recibiría una parte importante de la Morea. Esto supondría que los aragoneses tendrían el control de ambas orillas del Adriático-Jónico, precisamente lo que Venecia había intentado evitar durante cuatro siglos. Su aviso, sin embargo, no obtuvo el eco esperado y la Señoría se limitó a concederle permiso para refugiarse en sus territorios en caso de tener que abandonar precipitadamente sus posesiones ante un ataque turco<sup>76</sup>. Comienza así a perfilarse la situación política que determinó la postura española frente a los Balcanes en el siglo y medio siguiente: las reticencias de las autoridades españolas a intervenir en un espacio que tradicionalmente le era ajeno y la oposición veneciana a permitir la intrusión foránea en un espacio que consideraba suyo.

Los llamamientos de ayuda se multiplicaron en el último año de vida de Bizancio, en especial a Alfonso V, al papa Nicolás V y a Venecia, sin duda las tres principales fuerzas en suelo italiano que podían oponerse con cierta garantía al avance turco. En otoño de 1452 el emperador Constantino ofreció a Alfonso V la isla de Lemnos como base de operaciones para el socorro de la capital<sup>77</sup>. A comienzos de 1453 llegaron a Nápoles dos embajadores con una petición de ayuda y vituallas, y poco después otro más a Foggia con otra solicitud semejante<sup>78</sup>. Ninguna de ellas surtió efecto y Alfonso V no envió ninguna fuerza expedicionaria oficial para defensa de la Ciudad, lo que no impidió que, en la madrugada del 29 de mayo de 1453, algunos catalanes y castellanos estuvieran presentes en el asalto final<sup>79</sup>. Tras la pérdida de Constantinopla, los contactos bizantino-aragoneses aún continuaron en los años siguientes con los déspotas Tomás y Demetrio de la Morea hasta la conquista de ésta (1460). En 1455 Alfonso V envió a Demetrio un embajador llamado Nuño Mexía<sup>80</sup> y, casi al mismo tiempo, Tomás le pidió que mantuviera siempre aparejada una nave en la que poder embarcarse y huir a Nápoles con su familia en caso de extrema necesidad. Así se lo prometió el rey en carta de febrero de 1456, si bien rechazó su otra petición de envío de una fuerza expedicionaria, por no tener en la Morea ningún castillo o puerto en el que sus tropas y barcos pudieran refugiarse sin peligro<sup>81</sup>. Tampoco en el caso de la Morea la ayuda aragonesa llegó a ser significativa. Después de décadas de incursiones regulares, los turcos la conquistaron finalmente en 1460.

Sus déspotas Demetrio y Constantino tomaron el camino del exilio en direcciones divergentes que simbolizan las dos posibilidades del Helenismo contemporáneo en la encrucijada de la pérdida de su independencia: Demetrio, más realista y acomodaticio, aceptó la sumisión al sultán e, incluso, estableció vínculos familiares con él, legitimando así, en cierto modo, la realidad de la conquista militar; Tomás, por el contrario, simboliza la corriente más inconformista, partidaria de la alianza latina y de la unión de las Iglesias. Así, mientras que el primero acompañó al sultán a la corte de Adrianópolis y recibió el señorio de las islas del Egeo, Lemnos e Imbros, y la villa de Heno en Tracia, para terminar sus días en 1470 como monje, el segundo se refugió en Roma bajo la protección de Besarión y los papas hasta su muerte en 1465.

La caída de la Morea marcó el final de la segunda fase de los contactos hispano-bizantinos en época bajomedieval, la de los llamamientos de ayuda. A partir de entonces, las relaciones de la Corona de Aragón y, más tarde, de la España unificada con el Helenismo durante la Turcocracia se plantearon, en el plano de la reconquista o cruzada, bajo dos modalidades: la de los grandes planes estratégicos en colaboración con otros príncipes y repúblicas y con objetivos tan ambiciosos como la recuperación de Constantinopla y una nueva *partitio Romaniaae*, y la de las acciones tácticas de desgaste y distracción, más limitadas en el espacio y más acordes, quizás, con el nuevo concepto renacentista de nación-Estado que con la idea medieval de Imperio. Su análisis en época de Carlos V, Felipe II y Felipe III nos llevaría excesivamente lejos, además de que ya lo he hecho en otros estudios<sup>82</sup>, por lo que voy a limitarme a la segunda mitad del s. XV, a los casi 50 años que transcurrieron entre la caída de Constantinopla y el testamento de Andrés Paleólogo (1502).

Apenas conocida la noticia de la conquista de Constantinopla, en las cortes occidentales comenzó a hablarse, con entusiasmo más o menos sincero, de la preparación de una cruzada. Sus más activos promotores fueron Felipe III de Borgoña, Alfonso V de Aragón y el papa: el primero, como heredero de una larga tradición medieval que había colocado a los caballeros franceses y borgoñones en primera línea del movimiento cruzado hasta la expedición de Nicópolis (1396); el segundo, como monarca mediterráneo más poderoso de la época y

con las bases territoriales más adecuadas –Nápoles y Sicilia–, por su cercanía, para el paso a los Balcanes, además de que estos territorios habían sido, desde época medieval, plataforma para la intervención en Rumania (primero, de los normandos, más tarde, de los angevinos, finalmente, de los catalano-aragoneses); por último, al papado le correspondía la convocatoria de cualquier expedición militar de carácter cruzado. En septiembre de 1453 Nicolás V (1447-1455)<sup>83</sup> promulgó una bula de cruzada que Calixto III (1455-1458) –un Borja valenciano–<sup>84</sup> renovó en mayo de 1455 fijando el 1 de marzo de 1456 como fecha de partida de la expedición. Zurita afirma que Alfonso V hizo preparativos militares en sus reinos, si bien nuevos enfrentamientos con el papa por la posesión de Nápoles le hicieron finalmente retirarse del proyecto<sup>85</sup>. El ejército cruzado obtuvo una sonora victoria en Belgrado el 14 de julio de 1456, pero el fallecimiento de sus jefes dejó sin fruto el esfuerzo militar. La cruzada, sin embargo, no fue el único medio empleado para lograr una hipotética *restauratio Imperii*: una conversión del sultán y su corte al cristianismo daría legitimidad a la conquista y restablecería la situación anterior a ella. Aunque esta conversión se antojaba improbable, no faltaban ejemplos históricos que aducir como modelos, como los del romano Constantino, el franco Clodoveo, el visigodo Recaredo y el lombardo Agiulfo, como afirma Pio II (1458-1464) en su famosa carta a Mehmed II de finales de 1461 en la que le ofrecía el imperio legal sobre los griegos y orientales si se convertía. La carta –más bien un tratado– nunca fue enviada y los preparativos de cruzada siguieron su marcha. Es probable que esta obrita nunca fuera concebida, en realidad, con el propósito de ser enviada, sino como puro ejercicio literario, pero su existencia demuestra que en los círculos intelectuales de la época existía una corriente alternativa a la cruzada tradicional, que buscaba una solución al enfrentamiento cristiandad-islam a través de la persuasión, no de las armas<sup>86</sup>.

En el mantenimiento del espíritu de cruzada en Occidente jugaron un destacado papel los intelectuales bizantinos de la diáspora, eclesiásticos como los cardenales Isidoro de Kiev y Besarión de Nicea, o profesores, copistas y corredores de textos como Andrónico Calisto, Miguel Apostolis, Marulo Tarcaniota, Marco Musuro o Juan Gemisto. Todos ellos son autores de escritos protrépticos dirigidos a papas, reyes y emperadores en los que les animan a la unidad y a la toma de

las armas contra el enemigo común<sup>87</sup>. En una primera etapa los Estados interpelados fueron principalmente Venecia, Roma, Francia y el Imperio, pero con el paso de los años la España unificada de los Reyes Católicos, en especial desde la toma de Granada en 1492, fue adquiriendo un mayor protagonismo. Entre las figuras del exilio cabe destacar a Besarión, metropolitano de Nicea que firmó la unión de Florencia y posteriormente fue nombrado cardenal de la Iglesia romana, que trabajó activamente por la cruzada durante los papados de Calixto III y Pío II. Tanto este último como el propio cardenal dirigieron encendidos discursos a los príncipes europeos reunidos en Mantua en 1459 para tratar de la convocatoria de una cruzada. Besarión viajó a Núremberg, Worms y Viena para convencer a los príncipes alemanes, aunque sin éxito (1460-1461)<sup>88</sup>. Si logró, en cambio, la implicación de Venecia, que en 1463 inició la primera guerra turco-veneciana (1463-1479). Con todo, la muerte de Pío II en 1464, cuando se ultimaban los preparativos para la expedición, la frustró antes de su salida<sup>89</sup>. Su sucesor Paulo II (1464-1471) mostró menor entusiasmo por el proyecto<sup>90</sup>, por lo que Besarión se refugió en el estudio, del que nuevamente vino a sacarle la noticia de la toma de Negroponte (Eubea) en 1470. Retomando el proyecto anterior de Pío II, envió a los príncipes de Italia unas circulares en forma de filípicas en las que insistía en las dos ideas centrales de sus escritos anteriores: la necesidad de la concordia y la comunidad del problema, del que nadie podía desentenderse refugiándose en la esperanza de no verse afectado por el avance turco o ser el último en caer<sup>91</sup>.

Tras la muerte de Alfonso V en 1458, no parece que la implicación de su hermano y sucesor Juan II (1458-1479) en los asuntos orientales fuera grande, ocupado como estuvo fundamentalmente en los conflictos internos de su reino, en especial en la guerra civil catalana entre los partidarios de la Biga y la Busca (1462-1472). A su hijo Fernando, futuro rey católico, la toma de Negroponte le cogió ya como rey de Sicilia (desde 1468), situándolo, a él y a diversos eruditos españoles, en la primera fila de la cruzada. Nanne de Ytro le envió una descripción de la isla, y el genovés Giorgio Flisci, una historia de la misma en dos libros, sin duda para incitarle a una colaboración con los venecianos con el objetivo de recuperarla<sup>92</sup>. Unos años antes de la toma, el sultán Mehmed había enviado a Fernando una embajada de cortesía,

a la que éste contestó con una promesa de amistad dentro de los límites de la fe y el decoro. Apenas conquistada la isla, Mehmed volvió a enviarle otro embajador con una carta en la que le comunicaba la noticia y le invitaba a regocijarse con él, a la que Fernando contestó diplomáticamente agradeciendo los regalos enviados por el sultán, pero manifestando a la vez su sorpresa por el hecho de que hubiera podido siquiera imaginarse que se congratularía con la conquista, y asegurándole que en el futuro no faltaría a la defensa de la religión y de sus amigos venecianos<sup>93</sup>. De Rodrigo Sánchez de Arévalo, que fue obispo de Oviedo, Zamora, Calahorra y Palencia, y castellano de Sant'Angelo por nombramiento de Paulo II<sup>94</sup>, conocemos una carta a Besarión en la que le hace una serie de consideraciones sobre la culpa de la cristiandad en su pérdida y le exhorta a predicar la cruzada<sup>95</sup>. Suyo es, asimismo, un tratado dirigido también a Besarión en 1469 en el que defiende la necesidad, en la hora actual del avance otomano, de una Iglesia fuerte, de estructura monárquica piramidal bajo la dirección del papa y del colegio cardenalicio, y alejada de tentaciones sinodales<sup>96</sup>.

Ni los esfuerzos de los papas ni la disposición sincera de algunos príncipes fueron suficientes para sacar adelante los proyectos de cruzada. Europa se hallaba inmersa en un proceso de transformación de una sociedad feudal en otra moderna, y de creación de incipientes Estados nacionales. Los diversos territorios estaban inmersos en conflictos y procesos políticos que les impedían una participación incondicional: Italia estaba dividida en múltiples repúblicas y reinos en constante enfrentamiento; Francia acababa de salir de la guerra de los Cien Años (1339-1453) y tenía un incómodo vecino en el ducado de Borgoña; Inglaterra estaba metida en la guerra de las Dos Rosas (1455-1485), y España, en la culminación de la unificación peninsular; el Imperio, finalmente, vivía en situación de anarquía y guerra endémicas, en la que la autoridad del emperador encontraba contestación en numerosos territorios. En esta situación, tan sólo la Hungría de Hunyadi (1446-1458) y Matías Corvino (1458-1490), el territorio más directamente amenazado por el avance turco, luchó decididamente contra la Puerta en esta primera fase. Los príncipes de los países occidentales reaccionaban a los llamamientos de cruzada con una disposición inicial favorable, pero los recelos mutuos, los problemas internos, el hecho de que la coalición nunca fuera general, etc., terminaban por

desanimarlos. Así, la deslealtad entre Estados teóricamente aliados por los intereses de parte de cada uno de ellos facilitaba las conquistas turcas. Un buen ejemplo lo hallamos en el transcurso de la primera guerra turco-veneciana. Durante la misma, la Serenísima perdió gran parte de su tráfico comercial con levante en beneficio de Génova y Florencia, que no veían por ello con malos ojos la prolongación del conflicto. Por otro lado, se temía que los hipotéticos resultados positivos de una cruzada sólo beneficiaran a Venecia. Ésta, por su parte, no veía con agrado los proyectos cruzados en territorio balcánico, ya fuera en la Albania de Skanderbeg, ya en la Morea de los Paleólogos, porque alimentaba una pretensión de exclusividad sobre el mismo que le llevaba a desconfiar de ligas y alianzas con otros Estados. Así, cuando tras la ocupación de Otranto por los turcos<sup>97</sup> y el ataque fallido contra Rodas<sup>98</sup> se invitó a Venecia, en septiembre de 1480, a entrar en liga con el papa, Nápoles, Hungría y diversos Estados italianos, la Serenísima declinó el ofrecimiento aduciendo que tampoco a ella se le había ayudado en la guerra recién concluida.

La firma del tratado de paz turco-veneciano de enero de 1479<sup>99</sup> constituyó un punto de inflexión en las relaciones de Turquía con la cristiandad latina. El entusiasmo cruzado inicial dejó paso al pragmatismo de los intereses de parte y comenzó a abrirse camino la idea de la conveniencia de una convivencia pacífica, incluso del establecimiento de vínculos comerciales. Venecia había mantenido durante 16 años una guerra sin recibir ayuda sustancial de otros países, antes bien, parece incluso que Ferrante de Nápoles mantuvo, a finales de 1477 o comienzos de 1478, conversaciones con el sultán en las que se habría manifestado dispuesto a abrir sus puertos a los barcos turcos, aunque sólo en su guerra contra Venecia<sup>100</sup>. En sentido contrario, algunas fuentes venecianas sugieren que el baile de la República ante la Puerta dio a entender al sultán, tras la firma de la paz, que "comprenderían" la conquista de Brindisi, Tarento y Otranto por haber formado parte del Imperio Bizantino, del que, al fin y al cabo, el Otomano era continuación. De ser ciertas, ambas noticias ponen en evidencia la ambigüedad con la que los Estados cristianos se enfrentaban al avance turco, ambigüedad que oscilaba, según conveniencia, entre el entusiasmo cruzado y, cuando menos, la indiferencia, si no la alianza turca.

Tras los ataques contra Otranto y Rodas, la muerte de Mehmed

II en mayo de 1481 trajo el alivio a Europa, por el carácter más prudente y desconfiado de su sucesor Bayaceto II (1481-1512). Este alivio, objetivamente beneficioso, tuvo como efecto un debilitamiento adicional de la idea de cruzada, ya por sí herida de muerte por los enfrentamientos entre los príncipes europeos. Su sucesor Selim I (1512-1520) dirigió sus armas hacia oriente, contra Persia, Siria y Egipto, y no fue hasta Solimán el Magnífico (1520-1566) cuando las fronteras de Europa conocieron de nuevo el ataque de los ejércitos otomanos. Pero Selim y Solimán quedan ya fuera de nuestro marco histórico, por lo que regresamos a Bayaceto. Durante su reinado destacan, en las relaciones políticas de Europa con la Puerta, dos hechos: por un lado, los incipientes contactos con Roma, por otro, la asunción por parte francesa de la dirección de los proyectos de cruzada. Los primeros contactos entre Roma y la Puerta estuvieron motivados por la cesión al papa por parte de los hospitalarios, en marzo de 1489, de Jem, hermano menor de Bayaceto, que le había disputado el trono a la muerte de su padre y, tras fracasar, había buscado refugio en Rodas en 1482<sup>101</sup>. Y si Jem disputó el trono a su hermano desde el interior de Turquía, desde el exterior y de manera meramente testimonial lo hizo un supuesto medio hermano del difunto Mehmed conocido como "Calixtus Ottomanus": éste habría nacido en 1448 de Murad II, el cual, por miedo a que le dieran muerte, lo habría enviado en secreto a la corte bizantina de Constantinopla, de donde habría huido a Roma tras la caída de la ciudad para ponerse bajo el amparo de Calixto III –de ahí su nombre–<sup>102</sup>. La huida de Jem a Rodas fue un golpe de fortuna para los caballeros hospitalarios que, tras el intento otomano fallido contra la isla en 1480, tenían ahora en sus manos un valioso rehén cuyas pretesiones dinásticas podían esgrimir para defenderse del sultán. El caso es que durante más de seis años los hospitalarios mantuvieron a Jem en Francia y Saboya, pese a los esfuerzos de otros monarcas –entre ellos, Ferrante de Nápoles y Fernando de Aragón– para que se les cediera, hasta que finalmente en 1489 fue entregado a Inocencio VIII (1484-1492). Entre finales de 1490 y verano de 1493 se sucedieron tres embajadas turcas a Roma para tratar asuntos relacionados con él<sup>103</sup>. Los contactos fueron puramente protocolarios y tanto Inocencio como su sucesor, Alejandro VI (1492-1503) –el segundo papa Borja–, dejaron claro que, en caso de ataque otomano contra un príncipe cristiano, apoyarían a

Jem en su reivindicación del trono. Con todo, la mera existencia de las conversaciones produjo un cierto alivio de la tensión y supuso, de hecho, un reconocimiento mutuo por ambas partes.

Por lo que respecta al otro punto, el de la cruzada, en la década final del s. XV su principal abanderado fue Carlos VIII de Francia (1483-1498). Andrés Paleólogo, hijo de Tomás, uno de los dos últimos déspotas de la Morea, visitó en otoño de 1491 la corte francesa, al parecer para vender al monarca galo sus derechos al trono imperial<sup>104</sup>. Las crónicas y fuentes contemporáneas nos hablan de su vida desordenada y de las deudas que por ello contrajo, que le obligaron a vender privilegios y derechos imperiales para sobrevivir, opinión de la que se han hecho eco, en general, los estudiosos modernos<sup>105</sup>. Cuando en 1494 Carlos VIII pasó a Italia con la intención manifiesta de encabezar una cruzada antiturca en los Balcanes, Andrés le cedió sus derechos sobre los tronos de Constantinopla y Trebisonda y sobre el despotado de Servia a cambio de una pensión anual de 4.300 ducados, una guardia de 100 lanceros y un lote de tierras por valor de 5.000 ducados. El rey francés, por su parte, se comprometió a interceder para que el papa le renovara la pensión que tenía en Roma y a emplear sus fuerzas terrestres y marítimas para recuperar sus territorios de la Morea<sup>106</sup>. Parece, por otra parte, que el monarca galo quiso utilizar la figura de Jem en su expedición contra Bayaceto, lo que se contradice con esta cesión de derechos que le había hecho Andrés Paleólogo, incompatible con la reivindicación del hermano del sultán. Carlos VIII invadió Italia, nominalmente al frente de una expedición cruzada, pero en la realidad para recuperar el trono de Nápoles, del que se consideraba injustamente despojado, como heredero de los Anjou, por el papa Pío II, que lo había cedido en feudo a Ferrante I (1458-1494), hijo natural de Alfonso V<sup>107</sup>. La invasión no gustó ni a los Estados italianos ni al sultán. Éste envió una embajada a Alfonso II de Nápoles (1494-1495), que había sucedido a su padre Ferrante, para ofrecerle ayuda contra los franceses. Parece que Alfonso le correspondió con otra c, incluso, corrió el rumor de que había ofrecido la entrega de Otranto y Brindisi a cambio de ayuda militar<sup>108</sup>. El papa Alejandro VI, por su parte, también escribió a la Puerta apremiando el envío del dinero de la pensión de Jem que el sultán mandaba todos los años, para emplearlo en la defensa de Roma contra Carlos de Francia. Se da así la paradoja de que

tanto el papa como el rey de Nápoles recurren a ayuda "infidel" para defenderse de la agresión del monarca "cristianísimo" que, teóricamente, encabezaba una cruzada: una contradicción más de la política exterior de los Estados europeos de la época a la que antes he hecho alusión. Finalmente, la muerte de Jem en febrero de 1495, apenas tres días después de que Carlos VIII entrara en Nápoles, y la firma de una liga entre Venecia, Milán, el papa, el emperador y los reyes católicos para la conservación de la paz en Italia disuadieron al monarca galo de su proyecto inicial de pasar a los Balcanes, si es que éste realmente había existido. Tras una estancia de apenas tres meses, el 20 de mayo, Carlos VIII abandonó Nápoles, que fue reconquistada por Ferrante II (1495-1496) el 6 de julio. Aunque los franceses retuvieron algunas plazas en su poder, la muerte del rey francés en 1498 dio paso a un cierto entendimiento entre España y Francia, que culminó con el reparto del reino por el tratado de Granada de 1500 (cf. infra).

La toma de la plaza veneciana de Modón (Mesenia) en 1500, en el transcurso de la segunda guerra turco-veneciana (1499-1503), causó una gran conmoción en Europa, semejante a la de Eubea en 1470. Tras su caída, el dogo veneciano Agostino Barbarigo se quejó amargamente ante los príncipes electores del Imperio del escaso apoyo recibido, y eso que las posesiones balcánicas de Venecia servían de muro de contención de la marea otomana<sup>109</sup>. Nuevamente se desató una intensa actividad cruzada, al menos sobre el papel. Uno de los proyectos que se redactaron fue obra de Stefano Taleazzi de Torcello (Venecia) por encargo de Alejandro VI<sup>110</sup>, pero el que ahora nos interesa lleva la firma de Alessio Celidonio, obispo de Gallipoli (Lecce, Apulia)<sup>111</sup>. En él propone armar tres cuerpos de ejército, uno de los cuales, el meridional, estaría integrado por la flota española bajo el mando de Fernando de Aragón. Los barcos se armarían en España e Italia y su misión consistiría en transportar armas y vituallas para los otros dos ejércitos y, en caso de necesidad, hacer desembarcos en la costa meridional de Anatolia (Caria, Panfilia, Cilicia). Los otros dos cuerpos expedicionarios estarían compuestos, el septentrional, por pueblos de Europa central y oriental (germanos, bohemios, polacos, húngaros y rumanos), el central, por franceses, borgoñones y británicos. El primero avanzaría desde Alemania y Hungría hacia Bulgaria bajo el mando del emperador Maximiliano, y el segundo, desde Dalmacia hacia el Ilírico y el Epiro

bajo el mando de sus respectivos príncipes<sup>112</sup>. Como en ocasiones anteriores, el proyecto de Celidonio no pasó de ser un mero diseño teórico.

Desde comienzos del s. XVI España se fue convirtiendo, paulatinamente, en destinataria preferente, por una lado de las exhortaciones y escritos protrépticos de los intelectuales griegos, por otro, de las peticiones concretas de ayuda de comunidades griegas sometidas a la Puerta. El dominio español de Nápoles y Sicilia; la política sostenida de lucha contra el islam, manifestada en la continuación de la reconquista por Berbería; la pujanza política y militar después de completada la unidad peninsular; la proyección exterior que suponía el descubrimiento de América; la concentración a partir de 1517 en la persona de Carlos V de vastos territorios en Centroeuropa y, finalmente, la coronación imperial de 1519: todos estos factores contribuyeron a sentar las bases de la futura hegemonía española en Europa con Felipe II y, con ella, a situar a España en la primera línea de la lucha contra Turquía. En este sentido, el testamento de Andrés Paleólogo de 1502, aunque puramente simbólico y sin grandes consecuencias prácticas, puede considerarse un hito, desde el punto de vista de la legitimidad dinástica, en la creciente implicación de la monarquía en los asuntos balcánicos y mediterráneos orientales.

Ya hemos visto que Andrés era hijo de Tomás, uno de los dos últimos déspotas de la Morea. A la muerte de su padre en 1465 heredó el título y los derechos imperiales de su tío, el depuesto emperador Constantino XI, y con sus hermanos Manuel y Zoe quedó bajo la protección de Besarión y Paulo II<sup>113</sup>. Con ocasión de la boda de Zoe con Iván III de Moscovia en 1472 cedió a éste parte de esos derechos, lo que llevó a los zares a considerarse, durante siglos, herederos legítimos de Bizancio<sup>114</sup>. Ya hemos visto cómo en 1494 hizo lo mismo con Carlos VIII de Francia cuando pasó a Italia, si bien los derechos reverrieron nuevamente en él al no materializarse la proyectada expedición a los Balcanes. En el momento de su muerte, acaecida en Roma en junio de 1502, sorprendió al mundo con un testamento, fechado el siete de abril de ese año, por el que dejaba a Isabel de Castilla y Fernando de Aragón sus derechos al trono imperial y sus territorios de la Morea. En él menciona explícitamente los motivos que le llevaron a tomar esta decisión, uno, privado, otro, dinástico, y un tercero, geoestratégico: el primero, el apoyo que de ellos había recibido; el segundo, la titularidad

que los reyes ostentaban, por la línea aragonesa, del ducado de Atenas y Neopatria; y el tercero, la proximidad de los territorios italianos de Nápoles y Sicilia a su patrimonio de la Morea, desde el que se podrían recuperar Macedonia y Tracia. Menciona, además, la toma de Cefalonia por el Gran Capitán<sup>115</sup> y la alianza de casi todos los príncipes cristianos para una expedición antiturca. Todos estos motivos le impulsaron, a dos meses de su muerte, a revocar cualquier otro testamento otorgado con anterioridad y a instituir a los reyes católicos como herederos universales de su patrimonio y derechos<sup>116</sup>.

Analicemos ahora más en profundidad los motivos que llevaron a Andrés a tomar esta decisión y que él mismo menciona en el testamento. El castillo de S. Jorge de Cefalonia había sido tomado a los turcos el 24 de diciembre de 1500, si bien fue cedido a los venecianos el 17 de enero siguiente, por el peligro y elevado coste que suponía su mantenimiento. El último señor de Léucade, Cefalonia y Zacinto, Leonardo III Tocco, se había casado en 1477 con una sobrina de Ferrante I de Nápoles, matrimonio que no fue bien visto por la Serenísima por las implicaciones políticas que tenía: la intromisión de la casa aragonesa, aunque fuera por vía marital, al otro lado del Adriático. Por eso, cuando en 1479 Venecia firmó la paz con la Puerta, excluyó a Tocco de ella. No tardó el sultán en lanzar sus armas contra él, obligándole a buscar refugio en Nápoles, donde el rey Ferrante le asignó unos territorios para su mantenimiento. En 1481 su hermano Antonio Tocco recuperó Cefalonia y Zacinto al frente de un contingente de mercenarios catalanes, lo que nuevamente provocó el disgusto y la reacción de Venecia, que volvió a ocupar Zacinto ese mismo año y Cefalonia al siguiente, si bien en 1485 se vio obligada a ceder esta última isla al sultán<sup>117</sup>. A comienzos de 1488 Leonardo viajó a Zaragoza a pedir ayuda al rey Fernando, pero sólo obtuvo una buena acogida, honores y una pensión en Sicilia para mantenerse con dignidad<sup>118</sup>. Cuando el Gran Capitán conquistó Cefalonia en 1500, el rey hizo oídos sordos a la reclamación de Tocco, se la cedió a los venecianos y a éste le incrementó la renta que tenía en Sicilia. El episodio de la conquista y cesión de Zacinto puso en evidencia dos hechos: por un lado, era la primera vez tras la conquista de Constantinopla, junto con la recuperación de Otranto de 1481, en la que la Puerta cedía un territorio conquistado por ella, y en ambas ocasiones estuvieron implicadas en la

acción tropas españolas; por otro, la actitud de Fernando el Católico prefigura la política española respecto de los territorios balcánicos en época moderna, contraria a la medieval de intervención de las compañías catalana y navarra o del infante Ferrando: una política de no conquista ni asentamiento territorial —excepto las campañas de Corón (1532-1534) y Castelnuovo (1538-1539), en realidad de carácter más imperial que español—, por considerar que el territorio de la otra orilla del Adriático-Jónico correspondía a la Serenísima.

Por lo que respecta a la preponderancia española en Italia, cuando Andrés redactó su testamento, el dominio sobre el *Mezzogiorno* aún no se había completado y faltaban todavía 33 años para que Milán fuera controlado por el emperador (1535). Aunque Luis XII de Francia (1498-1515) aspiraba a la recuperación total de Nápoles, por el tratado de Granada de noviembre de 1500 accedió a un reparto de su territorio con España: Francia se quedó con la parte septentrional (Campania, Abruzzos), y España, con la meridional (Calabria, Apulia). No tardó, sin embargo, en estallar un nuevo enfrentamiento, en esta ocasión definitivo, ya que las victorias de Ceriñola y Garellano (1503) pusieron en manos de Fernando el Católico todo el reino de Nápoles, que seguiría bajo dominio español hasta la paz de Utrecht (1713). Andrés Paleólogo no llegó a conocer estas victorias, que sin duda le habrían confirmado en la decisión adoptada en su testamento.

Por lo que hace a las relaciones personales del Paleólogo con Isabel y Fernando, no sabemos exactamente cuándo comenzaron ni qué grado de familiaridad alcanzaron, aunque algo podemos deducir del privilegio otorgado a Pedro Manrique, conde de Osorno, en abril de 1483<sup>119</sup>, y de otras noticias que conservamos. El 15 de septiembre de 1481 Sixto IV recomendó a Andrés por carta a García de Meneses, obispo de Évora, integrante de la expedición que ese año recuperó Otranto de los turcos<sup>120</sup>. En la carta el papa le pedía que, tras la toma de la ciudad, le ayudara a pasar al Peloponeso para recuperar sus territorios<sup>121</sup>. Está atestiguada su presencia en Brindisi en octubre y noviembre de ese año, en donde disfrutó de la hospitalidad del rey Ferrante<sup>122</sup>, pero el paso a la Morea no llegó a realizarse. Es probable que Andrés acompañara a la fuerza expedicionaria española a su regreso a la península, en busca de ayuda militar y financiera para su proyecto. Los *Libri dei Mandati* de la *Camera Apostolica* de Roma regis-

tran un pago de 300 ducados efectuado el 4 de septiembre de 1481 como adelanto a cuenta de su pensión, lo que equivalía a veinte meses de ésta<sup>123</sup>. Parece lógico pensar que a su salida de Roma, a finales del verano de 1481, Andrés ya tenía prevista una larga ausencia, quizás alimentada por la esperanza de que la expedición de recuperación de Otranto le ayudara a pasar al Peloponeso. Cuando esta posibilidad se frustró, es posible que decidiera viajar a España a pedir ayuda.

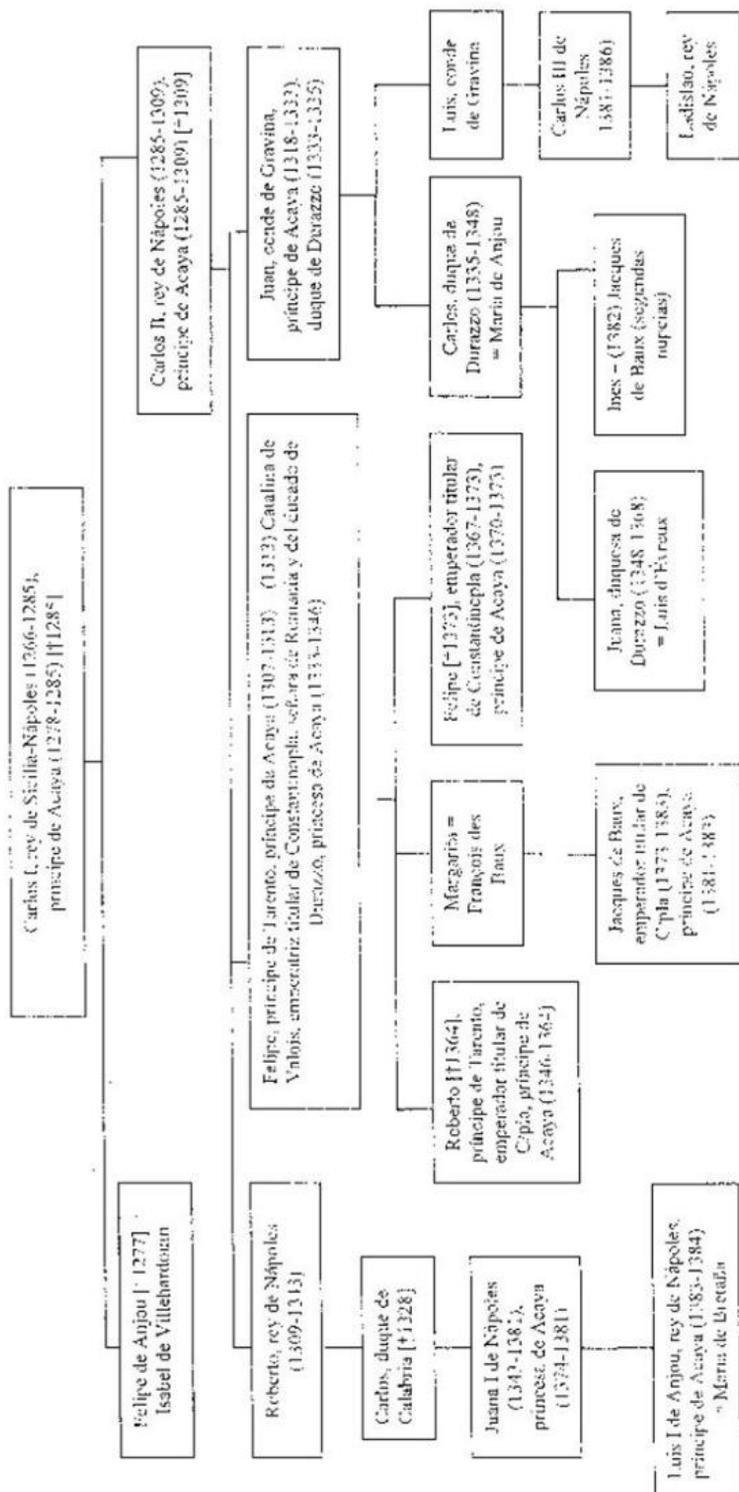
Desconocemos la fecha de su llegada a la península y el lugar en el que fijó su residencia. La única referencia cronológica segura es su presencia en Coria, señorío del duque de Alba, en abril de 1483, donde firmó el crisóbulo de concesión de privilegios a favor del conde de Osorno. Desconocemos, asimismo, cuándo había entablado conocimiento con él, pero parece lógico pensar que lo hubiera hecho en Italia, en el curso de la expedición militar referida. El conde tenía vinculación con la casa real por partida doble: por un lado, pertenecía a una de las familias castellanas –los Manrique– más poderosas durante el gobierno de los Trastámaras, familia que, a su vez, derivaba de los Lara, a la que pertenecieron los primeros monarcas castellanos; por otro, su esposa Teresa Álvarez de Toledo era hija de Garci Álvarez de Toledo y María Enríquez, hermana de la reina Juana, segunda esposa de Juan II de Aragón (es decir, Teresa Álvarez de Toledo era prima del rey Fernando el Católico). Finalmente, en los círculos nobiliarios existía la creencia de que los Álvarez de Toledo descendían del antiguo linaje imperial bizantino de los Comneno<sup>124</sup>. Todas estas vinculaciones genealógicas podrían estar en la base de esa familiaridad, a la que Andrés Paleólogo alude en su testamento, con los reyes Isabel y Fernando, a través de su pariente el conde de Osorno.

Con posterioridad al testamento de Andrés Paleólogo las circunstancias históricas que contribuyeron a enfrentar a España y Turquía se sucedieron con rapidez. En la primera década del s. XVI la descomposición social y política de Berbería facilitó la rápida conquista de diversas plazas norteafricanas (Melilla, 1497; Mazalquivir, 1505; Vélez de la Gomera, 1508; Orán, 1509; Bujía y el Peñón de Argel, 1510; Trípoli, 1511). En 1510 Julio II revocó la concesión del título de rey de Jerusalén que Alejandro VI había hecho en favor de Luis XII de Francia y lo transfirió a Fernando el Católico, junto con el de rey de Nápoles. Así, a finales de su reinado quedaban completadas las bases ideológi-

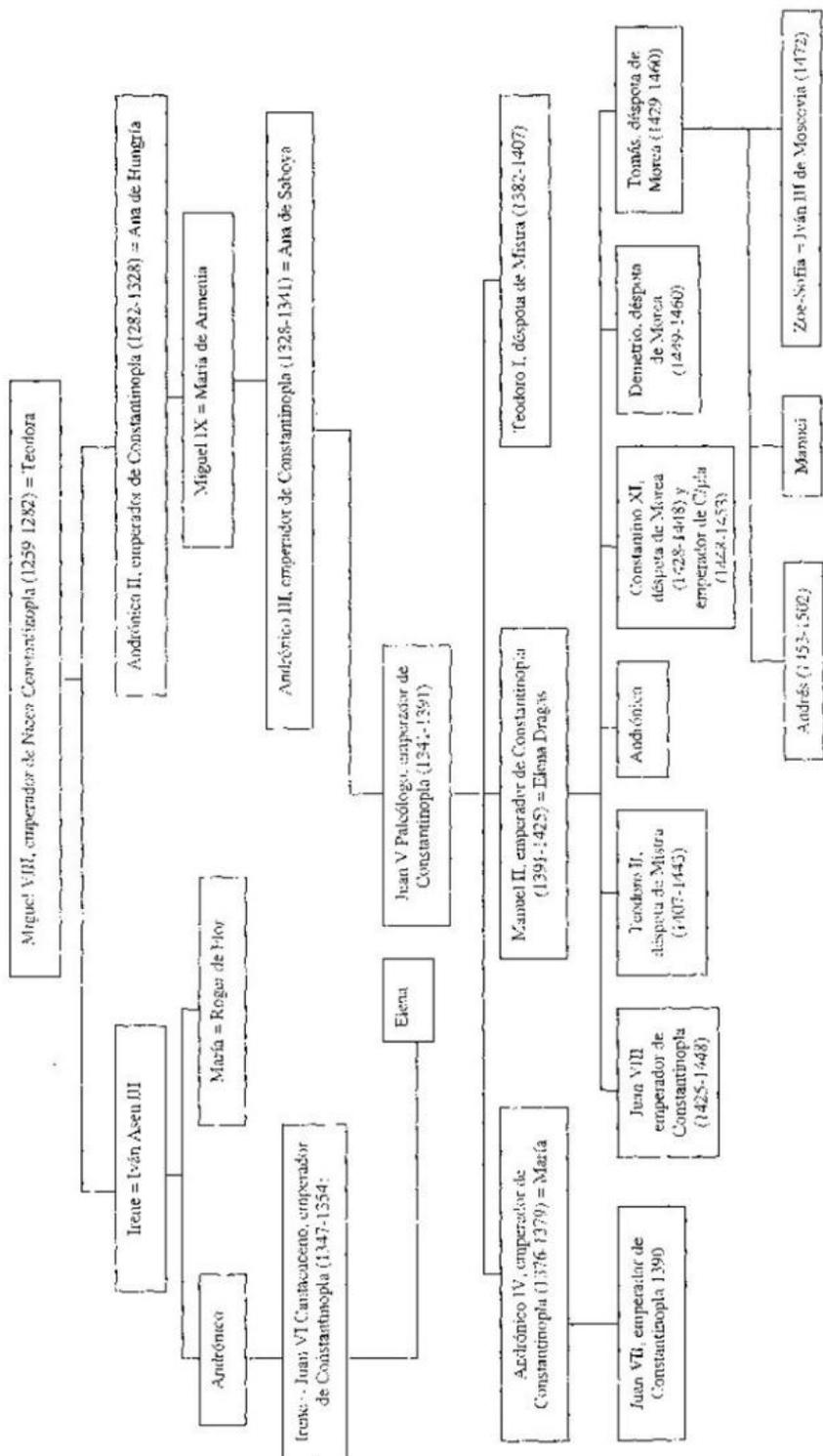
co-dinástica –títulos de emperador de Constantinopla y rey de Jerusalén– y geoestratégica –reino de Nápoles y Sicilia y conquistas en Berbería– que hicieron inevitable el enfrentamiento con la Puerta por el Mediterráneo. Además, con la sucesión de Carlos de Gante al trono de Castilla y Aragón los territorios peninsulares quedaron englobados dentro de una amplia herencia que comprendía, junto con ellos, los borgoñones –Países Bajos, Luxemburgo, Borgoña, Franco Condado– y los austriacos –Tirol, Austria, Estiria, Carintia, Carniola– (1515-1519), a los que en 1519 se sumó el título de emperador del Sacro Romano Imperio. La titularidad de la corona imperial aportó más prestigio que poder efectivo, pero sin duda condicionó la política de Carlos V. Era la primera vez, desde la coronación de Carlomagno en 800, que coincidían en la misma persona las coronas romano-germánica y bizantina, si bien la segunda de forma puramente nominal. Las nuevas posesiones y títulos centroeuropeos también contribuyeron al enfrentamiento, en este caso por la Península Balcánica, pero ésta es ya una cuestión que queda fuera del marco cronológico que me había marcado<sup>125</sup>.



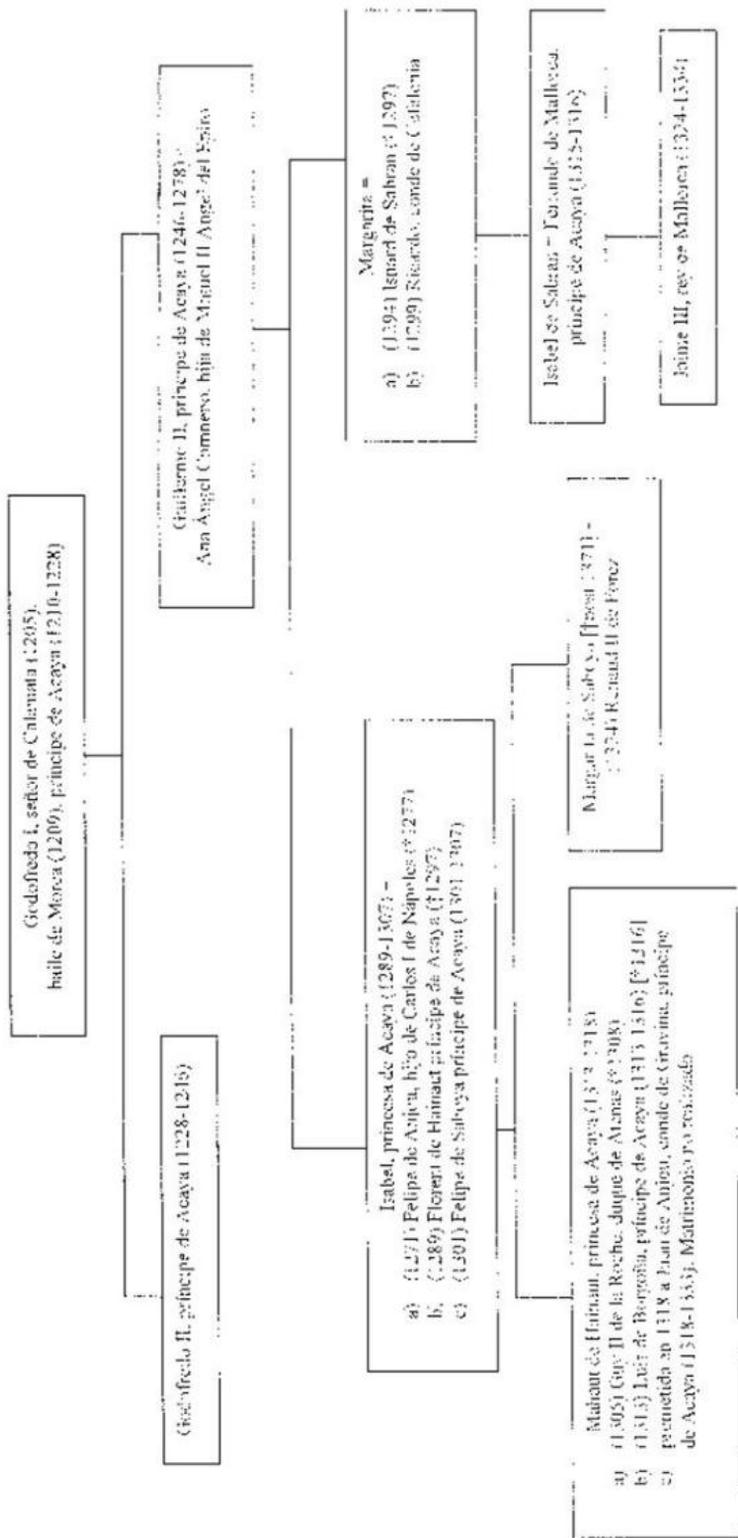
## CASA DE ANJOU-NÁPOLES



## DINASTÍA DE LOS PALEÓLOGOS (1261-1453)



# CASA DE VILLEHARDOUIN





<sup>1</sup> Cf. J. M. FLORESTAN, *Fuentes para la política oriental de los Austrias. La documentación griega del Archivo de Simancas*, 2 vols., León 1988.

<sup>2</sup> *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, trad. esp., México 1976.

<sup>3</sup> Sobre la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, cf. V. SALAVERT Y ROCA, «El tratado de Anagni y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón», *EEMCA* 5 (1952) 209-360; *Cerdeña y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón (1297-1314)*, 2 vols., Madrid 1956; «Nuevamente sobre la expansión mediterránea de la Corona de Aragón», *II Congr. Intern. Cult. Medit. Occ.* (Barcelona, sept. 1975), Barcelona 1978, pp. 359-388; F. GUENTA, *Aragonesi e Catalani nel Mediterraneo*, 2 vols., Palermo 1953-59 (trad. esp., Barcelona 1989); M. DEL TREPPO, «L'espansione catalano-aragonesa nel Mediterraneo», *Nove questioni di Storia medievale*, Milano 1969, pp. 259-300; *I mercanti catalani e l'espansione della Corona de Aragona nel secolo XV*, Napoli 1972; CH. E. DUFOURCO, *L'espansione catalana a la Mediterrània occidental, ss. XIII-XIV*, trad. cat., Barcelona 1969; G. PASTARINO, «Espansione mediterranea della Corona d'Aragona», *II Congr. Intern. Cult. Medit. Occ.* (Barcelona, sept. 1975), Barcelona 1978, pp. 193-207; J. LAUNDE ABADIA, *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval*, Zaragoza 1979; A. BOSCOLO, *Catalani nel Mediterraneo*, Bologna 1988; F. UDINA i MARTORELL, «L'expansió de la Corona d'Aragó al Mediterrani (siglos XIII-XV)», *Atti del XIV Congresso di Storia della Corona d'Aragona* (Sassari-Alghero, maggio 1990), I, Sassari 1993, pp. 113-153.

<sup>4</sup> Sobre la expansión veneciana puede consultarse F. TURLEY, *La Romanie vénitienne au Moyen Âge. Le développement et l'exploitation du domaine colonial vénitien (XII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles)*, Paris 1959 (reimpr. 1975); *Régestes des délibérations du Sénat de Venise concernant la Romanie*, I-III, Paris 1958-1961; *Délibérations des Assemblées vénitiennes concernant la Romanie*, I-II, Paris 1966-1971.

<sup>5</sup> En 1155 y 1170: cf. F. DÖLGER, *Regesten der Kaiserurkunden des oströmischen Reiches*, 2. Teil: Regesten von 1025-1204, München 1925, nos 1402, 1488, 1497-1498. También los pisanos obtuvieron, a lo largo del s. XII, privilegios comerciales, pero su papel en la historia posterior de Bizancio fue menos relevante. Sobre la Rumania genovesa, cf. M. BALARD, *La Romanie génoise (XII<sup>e</sup>-début du XV<sup>e</sup> siècle)*, 2 vols., Genova-Roma 1978. Sobre el comercio occidental-veneciano, genoves, catalán, etc.: a partir de 1291, cf. E. ASHTOR, *Studies in the Levantine Trade in the Middle Ages*, London 1978; *Levant Trade in the Later Middle Ages*, Princeton, New Jersey, 1983.

<sup>6</sup> Cf. E. ASHTOR, *A Social and Economic History of the Near East in the Middle Ages*, London 1976.

<sup>7</sup> Sobre el Mediterráneo en la época de las Vísperas Sicilianas hay interesantes comunicaciones en: *La società mediterranea all'epoca del Vespro* (Atti dello XI Congresso di Storia della Corona d'Aragona, Palermo, aprile 1982), 4 vols., Palermo 1983, en especial de Geanakoplos e Irsmscher sobre la actitud de los griegos de la Italia meridional y Sicilia y sobre la política de Manfredo de Sicilia, respectivamente. Sobre las Vísperas, cf. St. RUNCIMAN, *The Sicilian Vespers*, Cambridge 1958.

<sup>8</sup> El periodo posterior a 1400 ya lo analicé, de forma más extensa, en mi trabajo «Los últimos Paleólogos, los reinos peninsulares y la cruzada», en: P. BADAENAS DE LA PENA-I. PÉREZ (EDS.), *Constantinopla 1453. Mitos y realidades*, Madrid, CSIC [Nueva Roma 19], 2003, pp. 247-296; aquí recojo de forma más resumida los datos aportados allí, añadiéndoles el periodo anterior a 1400 (Compañía catalana, expedición del infante Ferrando de Mallorca, Compañías navarras).

<sup>9</sup> Cf. A. CARILE, «Partitio Terrarum Imperii Romaniae», *Studi Veneziani* 7 (1965) 125-305.

<sup>10</sup> Para las vicisitudes históricas del principado, de manera más o menos monográfica o general, cf. W. MILLER, *The Latins in the Levant. A History of Frankish Greece (1204-1566)*, London 1908 (reimpr. 1979); J. LONGNON, *L'empire latin de Constantinople et la principauté de*

Morée, Paris 1949; A. BON, *La Morée franque. Recherches historiques, topographiques et archéologiques sur la principauté d'Achaïe (1205-1430)*, 2 vols., Paris 1969; D. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec de Morée*, 2 vols., ed. revisada de Chr. Maltzou, London, Variorum, 1975; K. SETTON, *The Papacy and the Levant (1204-1571)*, vol. I, Philadelphia 1976; B. ARBEL ET AL. (EDS.), *Latins and Greeks in the Eastern Mediterranean after 1204*, 1989; P. LOCK, *The Franks in the Aegean 1204-1500*, London-N. York 1995; M. BALARD, «Latins in the Aegean and the Balkans in the Fourteenth Century», en: M. JONES (ED.), *New Cambridge Medieval History*, t. VI, Cambridge 2000, pp. 825-838. Colecciones de documentos: J. A. BUCHON, *Nouvelles recherches historiques sur la Principauté française de Morée et ses hautes baronnies*, Paris 1843; *Recherches historiques sur la Principauté française de Morée et ses hautes baronnies*, 2 vols., Paris 1845; J. LONGNON-P. TOPPING (EDS.), *Documents sur le régime des terres dans la principauté de Morée au XIV<sup>e</sup> siècle*, Paris 1969; C. PERRAT-J. LONGNON (EDS.), *Actes inédits relatifs à la principauté de Morée 1289-1300*, Paris 1967. La *Crónica de Morea* es una fuente histórica de primera mano: ediciones de Hopf (versión italiana), Berlín 1873 (reimpr. Bruxelles 1966); de Morel-Fatio (aragonesa), Genève 1895; de Longnon (francesa), Paris 1911; de J. M. Egca (griega), Madrid 1996. La historia social y económica ha sido estudiada, sobre todo, por D. JACOBY, *La Féodalité en Grèce médiévale: Les Assises de Romanie*, Paris 1971, y varios artículos reunidos en los volúmenes *Société et Démographie à Byzance et en Romanie latine* (Variorum 1975), *Recherches sur la Méditerranée orientale du XII<sup>e</sup> au XV<sup>e</sup> siècle* (Variorum 1979). La actuación de los hospitalarios en el Mediterráneo oriental ha sido objeto de estudios por parte de A. LUTTRELL, *The Hospitallers in Cyprus, Rhodes, Greece and the West* (Variorum 1978); *Latin Greece, The Hospitallers and the Crusades* (Variorum 1982); *The Hospitallers of Rhodes and their Mediterranean World* (Variorum 1982).

<sup>11</sup> Cf. D. J. GEANAKOPOLOS, «Greco-Latin Relations on the Eve of the Byzantine Restoration: the Battle of Pelagonia, 1259», *DOP* 7 (1953) 94-141.

<sup>12</sup> Para los sucesos de 1259-1261, cf. P. WIRTH, «Von der Schlacht von Pelagonia bis zur Wiedereroberung Konstantinoples», *BZ* 55 (1962) 30-37.

<sup>13</sup> Cf. D. A. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec...*, vol. I, p. 15ss.

<sup>14</sup> D. A. ZAKYTHINOS, *ibid.*, p. 27ss.

<sup>15</sup> En el Archivo General de Simancas, leg. E1058 (a. 1569), F135, se conserva un curioso informe titulado "Derechos del reino de Nápoles sobre el ducado de Durazzo, principado de Acaya, reino de Albania e isla de Corfú", que presentó el "presidente" Tomas Salernitano al duque de Alcalá, virrey de Nápoles (1559-1571) para enviar a Felipe II, en el que, basándose en la historiografía y documentación de archivo, establece los derechos territoriales que los reyes de Nápoles han tenido en la otra orilla del Adriático desde tiempo de Carlos de Anjou. Esta memoria histórica tenía como fin justificar una posible intervención española en los Balcanes a petición de los griegos.

<sup>16</sup> Cf. G. AIRALDI, «Roger of Lauria's Expedition to the Peloponnese», en: B. ARBEL (ED.), *Intercultural Contacts in the Medieval Mediterranean. Studies in Honour of David Jacoby*, London 1996, pp. 14-23.

<sup>17</sup> La expedición almogávar fue relatada por Ramón MUNTANER, *Crònica*, ed. de V. J. Escartí, 2 vols., Valencia 1999, y en el s. XVII, por Francisco DE MONCADA, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, ed. de S. Gili Gaya, Madrid 1924 (hay reimpresiones). Sobre el dominio catalán en Grecia, cf. K. M. SETTON, *Catalan Domination of Athens 1311-1388*, ed. rev., London 1975 (amplia bibliografía en pp. 261-301); *Los catalanes en Grecia*, Barcelona 1975; A. RUBÍO I LLUCH, *Diplomatari de l'Orient Català 1301-1409*, Barcelona 1947 (para otros trabajos suyos, cf. SETTON, *Catalan Domination*, p. 286 ss); G. SCHLUMBERGER, *Expédition des Almogavars ou routiers Catalans en Orient de l'an 1302-1311*, Paris 1902; A. E. LAIOU, *Constantinople and the Latins. The Foreign Policy of Andronicus II, 1282-1328*, Cambridge-Mass. 1972, pp. 127-242; R. J. LOENERTZ, «Athènes et Néoparas: registres et notices pour servir à l'histoire des duchés catalans (1311-1395)», *ArchFrP* 25 (1955) 100-212, 428-431; «Athènes et Néoparas: registres et documents pour servir à l'histoire ecclésiastique des duchés catalans (1311-1395)», *ArchFrP* 28 (1958) 5-91 [-Byzantina et Franco-Graeca, II, Roma 1978, pp. 183-303

y 305-393]: «Une page de Jérôme Zurita relative aux duchés catalans de Grèce (1386)», *REB* 14 (1956) 158-168; A. LUTTRELL, *Latin Greece, the Hospitallers and the Crusades 1291-1440*, London 1982, nos IX, XI; D. JACOBY, «Catalans, Turcs et Vénitiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello», *Studi medievali* 15 (1974) 217-261 [–*Recherches sur la Méditerranée orientale du XI<sup>e</sup> au XV<sup>e</sup> siècle. Peuples, sociétés, économies*, London 1979, n<sup>o</sup> V]. Sobre la impronta dejada por los catalanes en el folclore griego, cf. A. RUBIO I LLUCH, *El record dels catalans en la tradició popular, històrica i literària de Grècia*, ed. e intr. de E. Ayensa i Prat, Abadía de Montserrat 2001; E. AYENSA I PRAT, «El recuerdo de los catalanes en la tradición folklórica de Grecia», en: IDEM, *Baladas griegas (Estudio temático, formal y comparativo)*, Madrid 1999, pp. 307-355. Una detallada bibliografía sobre la actuación catalana, además de Setton, ofrece S. KRAMONJAN, «Per la storia della 'Compagnia Catalana' in Oriente», *Nuova Rivista Storica* 46 (1962) 58-95.

<sup>18</sup> Sobre Andrónico II y su política exterior, cf. A. LAIOU, *Constantinople and the Latins. The Foreign Policy of Andronicus II, 1282-1328*, Cambridge-Mass. 1972.

<sup>19</sup> Cf. A. RUBIO I LLUCH, «Contribució a la biografia de l'infant Ferrán de Mallorca», *Estudis Universitaris Catalans* 7 (1913) 291-379.

<sup>20</sup> Cf. D. ABCUAFIA, «The Aragonese Kingdom of Albania: An Angevin Project of 1311-1316», en: B. ARBEL (ED.), *Intercultural Contacts in the Medieval Mediterranean, Studies in Honour of D. Jacoby*, London 1996, pp. 1-13.

<sup>21</sup> Sobre la expedición de Ferrando, cf. B. BERG, «The Moreote Expedition of Ferrando of Majorca in the Aragonese Chronicle of Morca», *Byzantion* 55 (1985) 69-90; G. ALOMAR ESTEVE, *Historia de las Baleares*, pp. 178-183.

<sup>22</sup> Sobre las relaciones políticas y comerciales de Aragón con Egipto y Siria, cf. A. S. ATIYA, *Egypt and Aragon, embassies and diplomatic correspondence between 1300 and 1330 A. D.*, Leipzig [Abhandl. für Kunde des Morgenlandes 23, n<sup>o</sup> 7], 1938; A. LOPEZ MENeses, «Los consulados catalanes de Alejandría y Damasco en el reinado de Pedro el Ceremonioso», *EEMCA* 6 (1956) 83-183.

<sup>23</sup> Edición del texto en DE CANGE, *Histoire de l'Empire de Constantinople*, ed. J. A. Buchon, vol. II, pp. 223-226, 375-378; J. A. BUCHON, *Recherches historiques sur la principauté française de Morée et ses hautes baronnies*, Paris 1845, vol. II, pp. 450-453; A. RUBIO I LLUCH, *Diplomatari de l'Orient Català 1301-1409*, Barcelona 1947, pp. 222-224, n<sup>o</sup> 171.

<sup>24</sup> Para la historia de Navarra en la época, cf. J. M. LACARZA, *Historia política del Reino de Navarra, desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, 3 vols., Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1972. Edición resumida: *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona 1975, 2000<sup>2</sup>.

<sup>25</sup> Sobre la actuación de los navarros en los Balcanes, cf. A. RUBIO I LLUCH, *Los navarros en Grecia y el ducado catalán de Atenas en época de su invasión*, Barcelona 1886 (reimp. Valencia 1998) [–*Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* 4 (1887) 223-492]; «Conquista de Tebas por Juan de Urtubia», *Homenaje a D. Carmelo de Echegaray*, S. Sebastián 1928, 345-393; W. MILLER, *The Latins...*, cap. X, pp. 303-333; R. J. LOENERTZ, «Hospitalliers et Navarrais en Grèce (1376-1383): régestes et documents», *OCP* 22 (1956) 319-360 [–*Byzantina et Franco-Graeca*, I, Roma 1970, 329-369]; G. T. DENNIS, «The Capture of Thebes by the Navarrese», *OCP* 26 (1960) 42-50; A. BON, *La Morée franque*, I, Paris 1969, 254-275; A. LUTTRELL, «Appunti sulle compagnie navarresi in Grecia: 1376-1404», *RSBS* 3 (1983) 113-127.

<sup>26</sup> Cf. D. A. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec...*, vol. 1, p. 125ss.

<sup>27</sup> Cf. D. A. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec...*, vol. 1, p. 204 ss.

<sup>28</sup> Por ejemplo, apellidos italianos como Medici –helenizados como Μέδισι, Μέδικος o incluso Γουάρδισ-, descendientes de los Medici florentinos establecidos en Atenas y Nauplia, pervivieron en regiones apartadas como Maina. Igualmente el apellido Acciaiuoli persiste, por ejemplo, en el Γεωργίου Ατζαγιώλης gobernador de Corón en 1550-1551, autor de un poema exhortatorio a Carlos V en el que le presenta como instrumento de la Providencia para derrotar a los turcos: cf. Γ. Θ. ΖΩΡΑΣ, *Ἰσάκιον Ἀτζαγιώλου διήγησις συνοπτικὴ Καρόλου τοῦ Ε' (κατὰ τὴν Βασιλικὴν ἑλληνικὴν κώδικα 1624)*, Ἀθήναι 1964.

<sup>29</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 2974; conocemos la existencia de la carta por la respuesta del rey aragonés del 2 de agosto de 1352, publicada por A. RUBIÓ Y LLUCH, *Diplomatari de l'Orient Català*, Barcelona 1947, n° CCIV.

<sup>30</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3129; el enviado fue hecho prisionero y puesto bajo custodia, cf. RUBIÓ Y LLUCH, *Diplomatari*, n° CCCXIX.

<sup>31</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3179; información sobre el asunto en la carta de Pedro IV a los consejeros de la ciudad de Barcelona del 23 de diciembre de 1383, RUBIÓ Y LLUCH, *Diplomatari*, n° DLVI; respuesta del rey a Juan V, *ibid.*, n° DLVII.

<sup>32</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3183a; conocemos la existencia de la carta por la respuesta de Pedro IV de esa fecha, cf. RUBIÓ Y LLUCH, *Diplomatari*, n° DXCVIII.

<sup>33</sup> M. SÁEZ POMÉS, «Los aragoneses en la conquista-saqueo de Alejandría por Pedro I de Chipre», *EEMCA* 5 (1952) 361-405.

<sup>34</sup> Cf. A. S. ATIYA, *The Crusade of Nicopolis*, London 1934; N. HOUSLEY, *From Lyons to Alcazar. The Later Crusades, 1274-1580*, Oxford 1992.

<sup>35</sup> Σ. Π. ΑΑΜΠΡΟΣ, «Ἰωάννου Ζ' Παλαιολόγου ἐκχώρησις τῶν ἐπὶ τῆς βυζαντιακῆς αὐτοκρατορίας δικαιωμάτων εἰς τὴν βασιλεία τῆς Γαλλίας Κάρολου ΣΤ'», *NE* 10 (1913) 248-257.

<sup>36</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3279.

<sup>37</sup> A Génova en 1391 [DÖLGER, *Regesten*, n° 3235]; a Venecia en 1394, a la que se le ofrece la venta de la isla de Lemnos y se le pide trigo [*ibid.*, n° 3246a y n° 3248]; a Carlos VI de Francia y al papa Bonifacio IX en el otoño de 1394 [*ibid.*, nos 3249 y 3250]; al rey Segismundo de Hungría por estas mismas fechas y un año después [*ibid.*, nos 3251 y 3255]; a Venecia de nuevo en otoño de 1395 [*ibid.*, n° 3256]; a Carlos VI de Francia en 1396 [*ibid.*, n° 3265], a Vasilí I Dimitrijevič de Rusia [*ibid.*, n° 3267], a Demetrio II Ivanovič, al metropolitano de Kiev y a otros príncipes rusos [*ibid.*, n° 3268], en 1397-1398; nuevamente a Carlos VI de Francia y a Bonifacio IX en 1397 y 1398 [*ibid.*, nos 3269, 3270, 3271]; a Ricardo II de Inglaterra en 1399 [*ibid.*, n° 3273] y a su sucesor Enrique IV en 1402 [*ibid.*, n° 3198].

<sup>38</sup> Sobre el viaje, cf. M. JUGIE, «Le voyage de l'empereur Manuel Paléologue en Occident (1399-1403)», *EO* 15 (1912) 322-332; A. A. VASILIEV, «Putešestvie vizantijskogo imperatora Manuila II Palcologa po zapadnoj Evropi», *Žurn. Minist. Nar. Prosv.*, n.s. 39 (1912) 41-78; 260-304. G. SCHLUMBERGER, *Un empereur de Byzance à Paris et à Londres*, Paris 1916; M. A. ANDREEVA, «Zur Reise Manuels II. Palaiologos nach Westeuropa», *BZ* 34 (1934) 37-47; J. W. BARKER, *Manuel II Palaiologos (1391-1425). A Study in the Late Byzantine Statesmanship*, New Brunswick 1969.

<sup>39</sup> Documento provisto con un sello de oro.

<sup>40</sup> Regestos de la documentación de los tres últimos Paleólogos en F. DÖLGER, *Regesten der Kaiserurkunden des oströmischen Reiches*, vol. V: Regesten von 1341-1453, unter Mitarbeit von P. Wirth, München-Berlin 1965, nos 3234-3555 (años 1391-1453). Nuevos documentos o referencias del reinado de Manuel II publicados con posterioridad a la aparición de la obra de Dölger en G. T. DENNIS, «Four Unknown Letters of Manuel II Palaeologus», *Byzantion* 36 (1966) 35-40; «Two Unknown Documents of Manuel II Palaeologus», *TM* 3 (1968) 397-404; «Official Documents of Manuel II Palaeologus», *Byzantion* 41 (1971) 45-58.

<sup>41</sup> Editada, en su versión latina, por M. ARIGITA, «El lignum crucis de la catedral de Pamplona», *Boletín de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de Navarra* 2 (1911) 123-126 [= *ibid.* 19 (1935) 219-222], con algunos errores que corrigió C. MARINESCO, «Du nouveau sur les relations de Manuel II Paléologue (1391-1425) avec l'Espagne», *Atti dello VIII Congresso internazionale di Studi Bizantini* (Palermo 1951) I-SBN 71, Roma 1953, I, 420-436, que añadió el texto griego. Éste fue también editado, apenas unos meses después, por S. CIRAC, *Bizancio y España. La unión, Manuel II Paleólogo y sus recuerdos en España*, Barcelona 1952, 102-103 [correcciones de F. DÖLGER en *BZ* 46 (1953) 209]. Cf. DÖLGER, *Regesten*, n° 3282.

<sup>42</sup> RUBIÓ, *Diplomatari*, nos 658, 659 y 660; DÖLGER, *Regesten*, n° 3281.

<sup>43</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3284; MARINESCO, «Du nouveau...», pp. 425-426, dice que la referen-

cia de K. Hopf a la existencia de esta embajada y a la fuente portuguesa que la documenta es incorrecta.

<sup>44</sup> RUBIÓ, *Diplomatari*, nos 664 y 663.

<sup>45</sup> RUBIÓ, *Diplomatari*, nos 665, 666 y 667; DÖLGER, *Regesten*, n° 3287.

<sup>46</sup> Como en el caso del crisóbulo de Pamplona, Cirac y Marinisco lo editaron de forma prácticamente simultánea, el primero en su artículo «Ein Chrysobullus des Kaisers Manuel II. Palaiologos (1391-1425) für den Gegenpapst Benedikt XIII. (1394-1417/23) von 20. Juni 1402», *BZ* 44 (1951) 89-93, y, un año después, en su libro *Bizancio y España...*, pp. 100-101 [correcciones de F. DÖLGER en *BZ* 46 (1953) 209]; y el segundo, en su artículo «Du nouveau...», pp. 428-430. Cf. DÖLGER, *Regesten*, n° 3290, n° 3285. Cf. S. CIRAC, *Bizancio y España...*, pp. 58-59.

<sup>47</sup> Publicada por G. T. DENNIS, «Two Unknown Documents...»

<sup>48</sup> Esc. Gr. 6-IV-19. Cf. G. DE ANDRÉS, *Catálogo de los códices griegos de la Real Biblioteca de El Escorial*, vol. III: códices 421-649, Madrid 1967, n° 571, p. 226; J. M. DEL ESTAL, «Felipe II y su Archivo Hagiográfico de El Escorial», *Hispania Sacra* 23 (1970) [193-333], pp. 278-279; «Inventario del Archivo Hagiográfico de El Escorial», *La Ciudad de Dios* 211 (1998) [1145-1220], p. 1175, n° 97. Editado por G. T. DENNIS, «Two Unknown Documents...».

<sup>49</sup> Cf. N. IORGA, *Geschichte des Osmanischen Reiches*, Gotha 1908-1913, I, 325ss.; J. VON HAMMER-PURGSSTALL, *Geschichte des Osmanischen Reiches*, Pest 1827 (reimpr. Graz 1963), I, 317ss.

<sup>50</sup> Cf. G. T. DENNIS, «The Byzantine-Turkish Treaty of 1403», *OCP* 33 (1967) 72-88.

<sup>51</sup> RUBIÓ, *Diplomatari*, nos 676 y 675; n° 681; DÖLGER, *Regesten*, n° 3297; RUBIÓ, *Diplomatari*, n° 682, n° 683; DÖLGER, *Regesten*, n° 3302; RUBIÓ, *Diplomatari*, n° 693, n° 684, n° 685.

<sup>52</sup> En su descripción de Constantinopla, Ruy González de Clavijo, enviado por Enrique III de Castilla a la corte de Tamorlán en Samarcanda, menciona la presencia en sus iglesias de innumerables reliquias, en especial en la dedicada a S. Juan Bautista. Cf. *Embajada a Tamorlán*, ed. de F. LOPEZ ESTRADA, Madrid 1999, cap. III.

<sup>53</sup> RUBIÓ, *Diplomatari*, nos 686, 687 y 688.

<sup>54</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3308.

<sup>55</sup> Editada por C. MARINESCO, «Manuel II Paléologue et les rois d'Aragon», *I Congr. Int. d'Étud. Byz.* (Bucarest 1924), Bucarest 1925 [192-206], pp. 198-200; posteriormente, por RUBIÓ, *Diplomatari*, n° 694; S. CIRAC, *Bizancio y España...*, pp. 112-116; cf. DÖLGER, *Regesten*, n° 3317.

<sup>56</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3343; C. MARINESCO, «Manuel II Paléologue...», pp. 200-201; S. CIRAC, *Bizancio y España...*, pp. 116-119. Sobre el viaje a la Morea del emperador Manuel II, cf. D. A. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec...*, vol. I, p. 167ss.; J. W. BARKER, «On the Chronology of the Activities of Manuel II Palaeologus in the Morea in 1415», *BZ* 55 (1962) 39-55.

<sup>57</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3357; C. MARINESCO, «Manuel II Paléologue...», pp. 201-202; S. CIRAC, *Bizancio y España...*, pp. 119-121.

<sup>58</sup> C. MARINESCO, «Manuel II Paléologue...», pp. 202-203.

<sup>59</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3377. Sobre las relaciones económicas de Bizancio con Sicilia y Nápoles en estos años finales del Imperio, cf. C. MARINESCO, «Contribution à l'histoire des relations économiques entre l'Empire byzantin, la Sicile et le royaume de Naples de 1419 à 1453», *Atti del V Congresso Inter. di Studi Bizantini* (Roma, settembre 1936) [=SBN 5], Roma 1939, I, 209-219.

<sup>60</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3469; C. MARINESCO, «Contribution...», p. 212ss. Sobre las relaciones de Juan VIII y Alfonso V, cf. C. MARINESCO, «Les relations d'Alfonse V, roi de Naples, avec Jean VIII Paléologue», en: *II Congrès International des Études Byzantines*, Beograd 1929.

<sup>61</sup> DÖLGER, *Regesten*, nos 3498-3501; nos 3503 y 3504. Sobre los embajadores bizantinos de última hora —Teodoro Caristeno, Juan Torcelo, Manuel Paleólogo, Manuel Disipato, Andrónico Brienio Leontaris, Miguel Traperio y Juan Perera—, cf. C. MARINESCO, «Notes sur quelques ambassadeurs byzantins en Occident à la veille de la chute de Constantinople sous les Turcs», *Παγκάρπεια. Mélanges II. Gregoire* [=Annuaire de l'Inst. de Philologie et d'Hist. orientales et slaves 10], Bruxelles 1950, 419-428.

<sup>62</sup> O. HALECKI, *The Crusade of Varna*, N. York 1943; F. BABINGER, *Mehmed the Conqueror and his Time*, trad. ingl., Princeton 1978, pp. 27-41; K. M. SETTON, *The Papacy*, II, cap. 3, pp. 82-107.

<sup>63</sup> Cf. D. A. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec...*, vol. I, p. 226ss.

<sup>64</sup> A. GEGAY, *L'Albanie et l'invasion turque au XV<sup>e</sup> siècle*, Louvain-la-Neuve 1937; A. CUTOLO, *Scanderbeg*, Milano 1940; F. S. NOLI, *George Castrioti Scanderbeg 1405-1468*, N. York 1947; A. SERNA, *L'Albania e la Santa Sede ai tempi di G. C. Scanderbeg*, Cosenza 1960; F. PALL, «I rapporti italo-albanesi intorno alla metà del secolo XV», *Archivio storico per le province napoletane* 83 (1966) 123-226; G. CAPRA, «Skanderbeg nel quadro della politica pontificia», *BBGG* 22 (1968) 71-84; I. İNALCIK, «İskender Beg», *EP*, IV, Leiden-Paris 1978, 144-146; K. M. SETTON, *The Papacy and the Levant (1204-1571)*, vol. II: *The Fifteenth Century*, Philadelphia 1978, pp. 278-283.

<sup>65</sup> F. CERONE, «La política oriental de Alfonso di Aragona», *Archivio Storico per le province napoletane* [27 (1902) 3-93, 380-456, 555-634, 774-852; 28 (1903) 154-212], 27 (1902), pp. 430-431.

<sup>66</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3506.

<sup>67</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3507.

<sup>68</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3512; respuesta en F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. Stor. per le prov. napol.* 27 (1902), pp. 439-440.

<sup>69</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3522; la versión latina de la carta se ha conservado, copiada, en la respuesta de Alfonso V del 22 de agosto de ese año y fue editada por F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. Stor. per le prov. napol.* 27 (1902) 447-449. Cf. Σ. Η. ΑΑΜΠΟΥ, «Ο Κωνσταντίνος Παλαιολόγος ως σύζυγος ἐν τῇ ἱστορίᾳ καὶ τοῖς θρόνοις», *NE* 4 (1907) [417-466], 433-439.

<sup>70</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3529; nos 3534 y 3535. Sobre las embajadas, cf. K. M. SETTON, *The Papacy*, II, p. 108ss.

<sup>71</sup> F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. Stor. per le prov. napol.* 27 (1902), pp. 592-593.

<sup>72</sup> D. A. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec...*, vol. I, p. 241ss.

<sup>73</sup> J. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, ed. de A. Canellas, 9 vols., Zaragoza 1967-1985, lib. XV, cap. 60.

<sup>74</sup> F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. Stor. per le prov. napol.* 27 (1902), pp. 571-572.

<sup>75</sup> F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. Stor. per le prov. napol.* 27 (1902), pp. 573-577.

<sup>76</sup> D. A. ZAKYTHINOS, *Le Despotat grec...*, vol. I, p. 279.

<sup>77</sup> DÖLGER, *Regesten*, nos 3545-3548.

<sup>78</sup> DÖLGER, *Regesten*, n° 3549; F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. Stor. per le prov. napol.* 27 (1902), p. 611 para la respuesta de Alfonso V; DÖLGER, *Regesten*, n° 3551.

<sup>79</sup> Cf. S. CIRAC, «Ἡ πτώσις τῆς Κωνσταντινουπόλεως ἐν ἔτει 1453 καὶ οἱ Ἴσπανοί», en: Σ. Γ. ΚΥΡΙΑΚΙΔΟΥ-Π. ΖΕΠΟΥ (ΕΚΔ.), *Πεπραγμένα τοῦ 9<sup>ου</sup> Διεθνoῦς Βυζαντινολογικοῦ Συνεδρίου Θεσσαλονίκης* (ἔπριλο 1953), vol. II, Ἀθήναι 1956, 304-324; C. LASCARIS COMNENO, «España y la caída de Constantinopla», *Oriente* 5, 2, Madrid 1955, 109-124; IDEM, «Participación catalana en la defensa de Constantinopla durante su último asedio», *Actas y comunicaciones del IV Congr. de Hist. de la Corona de Aragón* (Mallorca, sept.-oct. 1955), I, Palma de Mallorca 1959, 229-235. Sobre la caída de la ciudad, cf. F. BABINGER, *Mehmed the Conqueror*, 87-101; el volumen conmemorativo colectivo *1453-1953. Le cinq-centième anniversaire de la prise de Constantinople* [=L'Hellénisme contemporain, 2 ser., VII], Atenas 1953; F. BABINGER ET ALII, *The Fall of Constantinople*, School of Oriental and African Studies 1955; S. RUNCIMAN, *The Fall of Constantinople 1453*, Cambridge 1965.

<sup>80</sup> F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. stor. per le prov. nap.* 28 (1903), pp. 187-195.

<sup>81</sup> F. CERONE, «La política oriental...», *Arch. stor. per le prov. nap.* 28 (1903), pp. 198-201.

<sup>82</sup> J. M. FLORISTÁN, «El emperador y la herencia política bizantina (1519-1558): Ἡ Κέρρολος Ε' βασιλεὺς καὶ αὐτοκράτωρ Ῥωμαίων», en: I. PÉREZ MARTÍN-P. BÁDENAS DE LA PENA (EDS.), *Bizancio y la Península Ibérica. De la Antigüedad tardía a la Edad Media*, Madrid, CSIC [Nueva Roma 24], 2004, 449-495; *Fuentes para la política oriental de los Austrias. La documentación grie-*

ga del *Archivo de Simancas*, 2 vols., León 1988; «Fraudes, prejuicios e incompreensiones en las relaciones hispano-griegas del Renacimiento», *Erytheia* 18 (1997) 95-110.

<sup>85</sup> C. MARINESCO, «Le pape Nicolas V (1447-1455) et son attitude envers l'Empire byzantin», *Actes du IV<sup>e</sup> Congrès Inter des Études Byzantines* (Sofia, sept. 1934) [=Bull. de l'Inst. Archéol. Bulg. 9], I, Sofia 1935. 331-342; A. FLICHE-V. MARTIN (EDS.), *Historia de la Iglesia*, vol. XVII: El Renacimiento, por R. Aubenas y R. Ricard, trad. esp., Valencia 1974, pp. 24-27.

<sup>84</sup> C. MARINESCO, «Le pape Callixte III (1455-1458), Alfonso V d'Aragon, roi de Naples, et l'offensive contre les Turcs», *Bulletin de la Sect. Hist. de l'Académie roumaine* 19 (1935) 77-97; J. GEL, «Pope Callistus III and Scanderbeg (the Albanian)», *OCP* 33 (1967) 534-562 [=Church Union, n° XX]; M. SCLAMBRA-G. VALENTINI, PARRINO, «L'Albania e Skanderbeg nel piano generale di crociata di Callisto III (1455-1458)», *BBGG* 21 (1967) 83-136; A. FLICHE-V. MARTIN (EDS.), *o.c.*, pp. 30-38; K. M. SETTON, *The Papacy*, II, pp. 161-171, 184-195.

<sup>85</sup> Son numerosas las referencias de Zurita, de 1452 en adelante, a los sucesos de Levante y a preparativos contraturcos, e.g., lib. XVI, caps. 16, 27, 33; XVIII, 34; XIX, 15; XX, 37, 40, 79; cf. también F. CERONE, «La política orientales...», *Arch. stor. per le prov. nap.* 28 (1903), p. 186ss. Sobre la aportación del reino de Valencia a esta cruzada, cf. P. LÓPEZ ELUM, «Ayuda económica del reino de Valencia a la cruzada contra Constantinopla», *EEMCA* 10 [1975] 671-678.

<sup>86</sup> *Pij II Opera omnia*, Basel 1551 (reimpr. Frankfurt a. M. 1967), Ep. 396, pp. 872-904; *Pio II: lettera a Maometto II (epistula ad Mahumetem)*, ed. G. TOFFANIN, Napoli 1953; F. GAETA, «Sulla Lettera a Maometto di Pio II», *Bollettino dell'Istituto Storico Italiano per il Medio Evo* 77 (1965) 127-227.

<sup>87</sup> M. I. ΜΑΝΟΥΣΑΚΑΣ, *Ἐκκλήσεις (1453-1535) τῶν ἐλλήνων λογίων τῆς Ἀναγεννήσεως πρὸς τοὺς ἡγεμόνες τῆς Εὐρώπης γιὰ τὴν ἀπελευθέρωση τῆς Ἑλλάδος*, Θεσσαλονίκη 1965.

<sup>88</sup> Sobre el congreso de Mantua y los esfuerzos de Besarión en Alemania, cf. K. M. SETTON, *The Papacy*, II, p. 212ss.

<sup>89</sup> L. PASTOR, *Historia de los papas*, III, cap. II, p. 92ss; caps. VII-VIII, p. 300ss; K. M. SETTON, *The Papacy*, II, pp. 242-257, 261-270.

<sup>90</sup> L. PASTOR, *Historia de los papas*, IV, lib. II, cap. III, p. 74ss; pp. 176-177 para un balance sobre su actitud ante el avance turco. Pio II falleció repentinamente en julio de 1471 y fue su sucesor, Sixto IV (1471-1484), quien continuó con el proyecto de cruzada, cf. *Historia de los papas*, IV, lib. III, cap. I, p. 197ss.

<sup>91</sup> El humanista francés Guillaume Fichet, rector de la universidad de París, imprimió las circulares en 1471 y las distribuyó a los reyes Luis XI de Francia y Eduardo IV de Inglaterra, al emperador Federico III y al duque Amadeo IX de Saboya. Para una descripción de la edición, cf. E. LEGRAND, *Bibliographie hellénique... XV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècles*, III, París 1903, n° 5, pp. 10-16, y n° 6, pp. 16-19, y de ediciones posteriores, *ibid.*, III, n° 57, p. 82; n° 360, pp. 366-367; n° 438, pp. 416-417; IV, n° 690, p. 179; n° 842, pp. 322-323; n° 844, pp. 325-326. Reedición de las cartas en MIGNE, *PC* 161, 1866, cols. 641-676. La correspondencia cruzada entre Fichet y Besarión, así como otras cartas de aquel a príncipes de Europa para presentar los discursos de Besarión, fueron publicadas por E. LEGRAND, *Cent-dix lettres grecques de François Filelfe*, París 1892, nos 1-32, pp. 223-289.

<sup>92</sup> N. IORGA, *Notes et extraits pour servir à l'histoire des croisades au XV<sup>e</sup> siècle*, fasc. I (1453-1476), Bucarest 1915, n° 181, pp. 272-275, y n° 182, pp. 275-276, completa la primera y extracta la segunda.

<sup>93</sup> N. IORGA, *o.c.*, n° 189, pp. 286-287: *...mirari itaque cogimur quod serenitas vestra nobis congratuletur de expugnatione Nigropontis, quae nobis molestissima fuit*. J. Z. RITA, *Anales...*, lib. XVIII, cap. 34, menciona esta embajada de Mehmed tras la toma de Eubea.

<sup>94</sup> N. ANTONIO, *Bibliotheca Hispana Vetus*, I-II, Romae 1696, Matriti 1788 (reimpr. Madrid 1996; trad. esp., Madrid 1998), lib. X, cap. XI, nos 587-590; A. LAMBERT, «Arévalo (Rodrigo Sánchez de)», *DHGE*, vol. III, París 1924, cols. 1657-1661.

<sup>95</sup> N. IORGA, *o.c.*, n° 183, pp. 276-278 (resumen del contenido).

<sup>96</sup> N. ANTONIO, *o.c.*, n° 599: *De remediis afflictæ Ecclesiæ militantis adversus extrinsecas Turcarum persecutiones, pressuras et angustias*. Resumen del tratado en N. IORGA, *o.c.*, n° 185, pp. 279-282, y análisis en H. JEDIN, «Sánchez de Arévalo und die Konzilsfrage unter Paul II», *Hist. Jahrbuch* 73 (1953) 95-119.

<sup>97</sup> Cf. A. BOMBACI, «Venezia e l'impresa turca di Otranto», *Rivista storica italiana* 66 (1954) 159-203; V. SALETTA, «Il sacco di Otranto (11 agosto 1480)», *Studi medievali* 5 (1972) 209-247; F. BABINGER, *Mehmed the Conqueror*, pp. 389-396; K. M. SETTON, *The Papacy*, II, pp. 339-345, 364-372.

<sup>98</sup> Cf. F. BABINGER, *Mehmed the Conqueror*, pp. 381-382, 396-400; E. BROCKMAN, *The two Sieges of Rhodes 1480-1522*, London 1969.

<sup>99</sup> F. BABINGER, *Mehmed the Conqueror*, p. 369ss.

<sup>100</sup> F. BABINGER, *Mehmed the Conqueror*, p. 359; la noticia se conserva exclusivamente en crónicas venecianas, por lo que hay que tomarla con prudencia, en especial porque serviría para justificar la postura de la República después de la firma del tratado de paz de 1479.

<sup>101</sup> J. VON HAMMER-PURGSTALL, *Geschichte des osmanischen Reiches*, II, Pest 1828 (reimpr. Graz 1963), 250ss; L. THIASSNE, *Djem-Sultan, fils de Mohammed II, frère de Bayezid II, 1459-1495*, Paris 1892; J. M. MORJMAN, «Djem», *Et. Leiden* 1913-1936, I, pp. 1034-1035; H. İNALCIK, «Djem», *EF*, II, Leiden-Paris 1965, pp. 542-544; K. M. SETTON, *The Papacy*, II, pp. 381-387, 407, 409-416.

<sup>102</sup> Cf. F. BABINGER, «'Bajezid Osman' (Calixtus Ottomanus), ein Vorläufer und Gegenspieler Dscher Sultans», *La Nouvelle Clío*, Bruselas 1951, 349-388; «Zur Lebensgeschichte des Calixtus Ottomanus», *Κρητικά Χρονικά* 7 (1953) 457-461.

<sup>103</sup> K. M. SETTON, *The Papacy*, II, 418-422; 427. Sobre las relaciones entre Inocencio VIII y Bayaceto, cf. A. MANCINI, «Sulla corrispondenza fra Bajazet II e Innocenzo VIII», *Studi storici*, Pisa 1905, y con Alejandro VI, H. HEIDENHEIMER, «Die Korrespondenz Sultan Bajazets II. mit Papst Alexander VI.», *Briegers Zeitschrift für Kirchengeschichte* 5 (1882) 511-573. En general sobre los contactos de la Puerta con los papas de la época, cf. H. PFEFFERMANN, *Die Zusammenarbeit der Renaissance-päpste mit den Türken*, Winterthur 1946.

<sup>104</sup> Carlos VIII pagó el coste de su viaje (31 de octubre) y le entregó 350 libras cuando se disponía a regresar a Roma (16 de diciembre), cf. ΣΠ. Π. ΛΑΜΠΡΟΣ, *Ηαλαωολόγεια*, IV, 301-304.

<sup>105</sup> Cf. sobre todo ello J. M. FLORISTÁN-J. A. GÓMEZ MONTERO, «Crisóbulos de Andrés Paleólogo a favor de Pedro Manrique, II conde de Osorno», *Homenaje a O. Omato*, Vitoria [en prensa].

<sup>106</sup> El documento de cesión, fechado el 6 de noviembre de 1494, fue publicado por M. DE FONCEMAGNE, «Éclaircissements historiques sur quelques circonstances du voyage de Charles VIII en Italie, et particulièrement sur la cession que lui fit André Paléologue du droit qu'il avoit à l'empire de Constantinople», *Mémoires de littérature, tirés des registres de l'Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres, depuis l'année MDCCXLI jusque' et compris l'année MDCCXLII* 17 (1751) [539-578], 572-577; versión griega en K. N. ΣΑΛΑΣ, *Τουρκοκρατούμένη Έλλάς, Ἀθήνησιν* 1869 (reimpr. 1985), pp. 53-56.

<sup>107</sup> Cf. N. IORGA, *o.c.*, n° 242, pp. 222-224. Sobre las pretensiones francesas sobre Nápoles y la campaña de Carlos VIII, cf. K. M. SETTON, *The Papacy*, II, 448ss.

<sup>108</sup> Cuando, a finales de enero de 1495, Alfonso II abdicó en favor de su hijo Ferrante II (Ferrantino), llegó a decirse que marchaba a tierra del Turco, por las buenas relaciones que había tenido con la Puerta desde que se había conocido la expedición de Carlos VIII. El rumor se reveló, finalmente, infundado. Apenas llegado al trono, Ferrante II escribió a su agente en Constantinopla solicitando ayuda a los turcos contra Carlos VIII.

<sup>109</sup> N. IORGA, *Notes et extraits...*, fasc. V (1476-1500), Bucarest 1915, n° 348, pp. 301-303.

<sup>110</sup> Editado por B. FELICANGELI, «Le Proposte per la guerra contro i Turchi presentate da Stefano Talcazzi, vescovo di Torcello, a Papa Alessandro VI», *Archivio della R. Società romana di storia patria* 40 (1917) [5-63], pp. 42-63; descripción sumaria del contenido en K. M. SETTON, *The Papacy*, II, pp. 525-526.

<sup>111</sup> C. EUREL-P. GAUCHAT-R. RITZLER-P. SIEBEN, *Hierarchia catholica medii et recentioris aevi* [I-VII, Monasterii-Patauii 1913-1978], II, 157. M. LE QUIEN, *Oriens Christianus*, Parisiis 1740 (reimpr. Graz 1958), I, col. 1124, erróneamente lo adscribe a la Gallipoli del Quersoneso tracio, error que repite G. FEDALTO, *Hierarchia Ecclesiastica Orientalis*, I: Patriarchatus Constantinopolitani, Padova 1988, p. 283.

<sup>112</sup> N. IORGA, *Notes et extraits*, fasc. V, n.º 363, pp. 313-330. En realidad, Alessio de Gallipoli, natural de Esparta, hace tres discursos: *de ratione belli in Turcos ineundi sermo primus; de bello in Turcos apparando sermo unus, in ordine secundus* (en el que diseña el proyecto de expedición); *de bello cum Turcis gerendo sermo unus, in ordine tertius*. Iorga extrae el contenido de los tres. Discusión en H.-J. KISSLING, «Militärisch-Politische Problematiken zur Türkenfrage im 15. Jahrhundert», *Bohemia: Jahrbuch des Collegium Carolinum* 5, Munich 1964, 117-121, 126-127, 133-136; F. BÄMINGER, «Alessio Celidonio (\* 1517) und seine Türkendenschrift», *Beiträge zur Südosteuropa-Forschung*, Munich 1966, 326-330.

<sup>113</sup> P. SCHREINER, *Die byzantinischen Kleinchroniken* (CFHB XII, Series Vindobonensis), Wien 1975, I, chr. 34, 31; *Ecthesis Chronica and Chronicon Athenarum*, ed. S. P. LAMBROS, London 1902 (reimpr. N. York 1979), pp. 22-23.

<sup>114</sup> P. PIERLING, *La Russie et le Saint-Siège*, I, Paris 1896, pp. 107-185; K. M. SETTON, *The Papacy*, II, 318-320; O. HALECKI, *From Florence to Brest (1439-1596)*, Roma 1958, p.100ss.

<sup>115</sup> J. ZURITA, *Historia del rey Don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia*, ed. de A. Canellas, 6 vols., Zaragoza 1989-1996, lib. IV, caps. 25, 30; F. SUÁREZ BUIJAO, «Los partes de guerra del Gran Capitán en la campaña de Corfú», *Atti dello XIV Congr. di Storia della Corona d'Aragona* (Sassari-Alghero, maggio 1990), IV, Sassari 1997, 457-475; M. A. OCHOA BRUN, *España y las islas griegas. Una visión histórica*, Madrid 2001, pp. 75-76, con más bibliografía.

<sup>116</sup> El testamento fue conocido ya por J. ZURITA, *Historia...*, lib. IV, cap. 39, y editado por P. K. ENEPKIDES, «Das Wiener Testament des Andreas Palaiologos vom 7. April 1502», *Akten des XI. Internat. Byzantinisten-Kongresses 1958*, München 1960, 138-143.

<sup>117</sup> W. MILLER, *The Latins in the Levant*, pp. 483-489.

<sup>118</sup> J. ZURITA, *Anales...*, lib. XX, cap. 73.

<sup>119</sup> Cf. J. M. FLORISTÁN-J. A. GÓMEZ MONTERO, «Crisóbulo de Andrés Paleólogo...»

<sup>120</sup> En Roma, Meneses pronunció ante el papa y el colegio cardenalicio un discurso tan adecuado y elegante, que mereció la admiración unánime: cf. N. ANTONIO, *Bibliotheca Hispana Vetus*, II, lib. X, cap. XII, nn. 703-704. Nicolás Antonio dice que el discurso fue editado en Roma *eo ipso anno quo recitata fuit, millesimo quadringentesimo septuagesimo tertio aut circiter*, lo que no puede sino ser un error si es cierto que Meneses lo pronunció con motivo de su viaje a Nápoles en 1481.

<sup>121</sup> K. M. SETTON, *The Papacy*, II, 373 y n. 35.

<sup>122</sup> F. FORCELLINI, «Strane peripezie d'un bastardo di casa di Aragona», *Archivio Storico per le Province Napoletane* 39 (1914), p. 212, n. 4; p. 213, n. 1, que menciona cédulas hoy perdidas.

<sup>123</sup> J. M. FLORISTÁN-J. A. GÓMEZ MONTERO, «Crisóbulo de Andrés Paleólogo...»

<sup>124</sup> J. M. FLORISTÁN-J. A. GÓMEZ MONTERO, «Crisóbulo de Andrés Paleólogo...»

<sup>125</sup> Cf. J. M. FLORISTÁN, «El emperador y la herencia política bizantina (1519-1558): ¿Κάρολος Ε΄ βασιλεύς καὶ ἀυτοκράτωρ Ῥωμαίων?», en: I. PÉREZ-P. BÁDENAS DE LA PEÑA (EDS.), *Bizancio y la Península Ibérica. De la Antigüedad tardía a la Edad Moderna*, Madrid, CSIC [Nueva Roma 24], 2004, pp. 449-495.